

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 22 Febrero de 2020



Triunfo Mariano

El insustituible apostolado del sufrimiento



Nuestra Señora quiso que Jacinta y Francisco¹ murieran en circunstancias tan difíciles y sufriendo tanto, porque era necesario víctimas que asociaran sus dolores y el sacrificio de sus vidas al misterio de Fátima, bien como a la fecundidad deseada por la Santísima Virgen en el plano sobrenatural, para los hechos anunciados en la Cova de Iría.

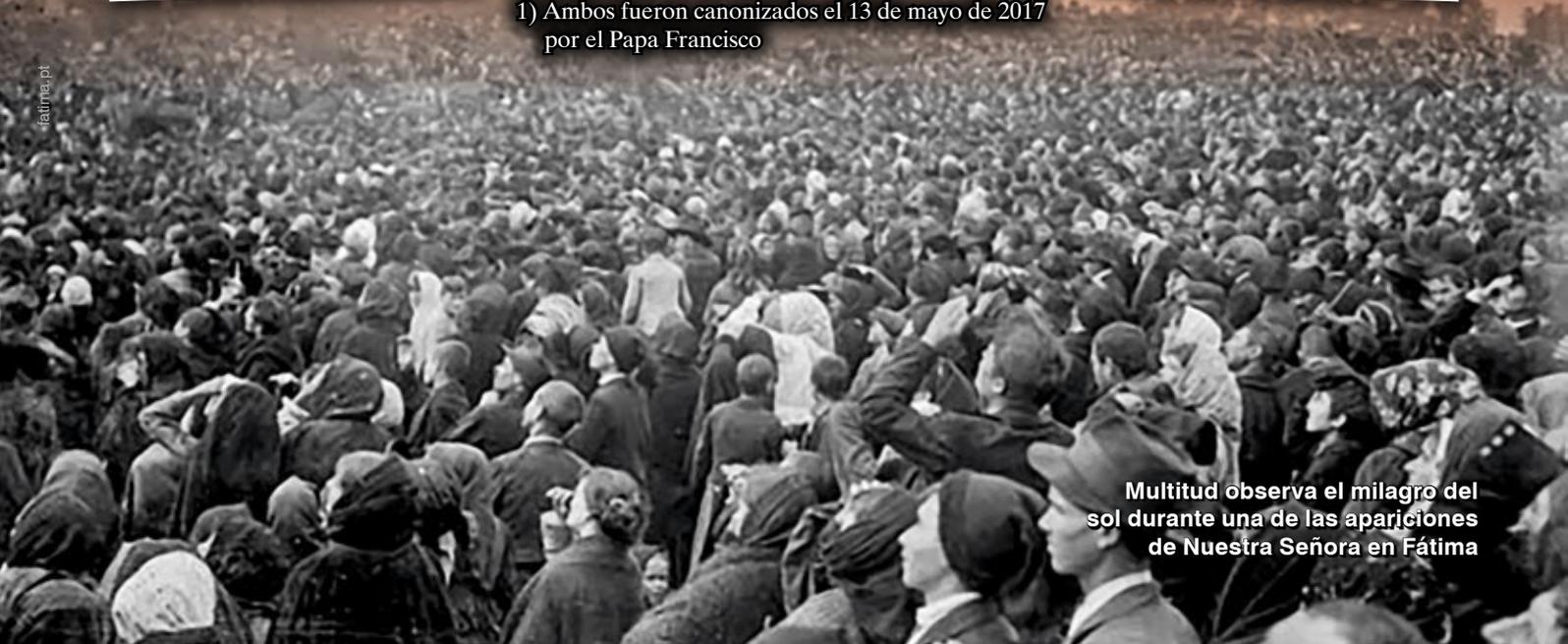
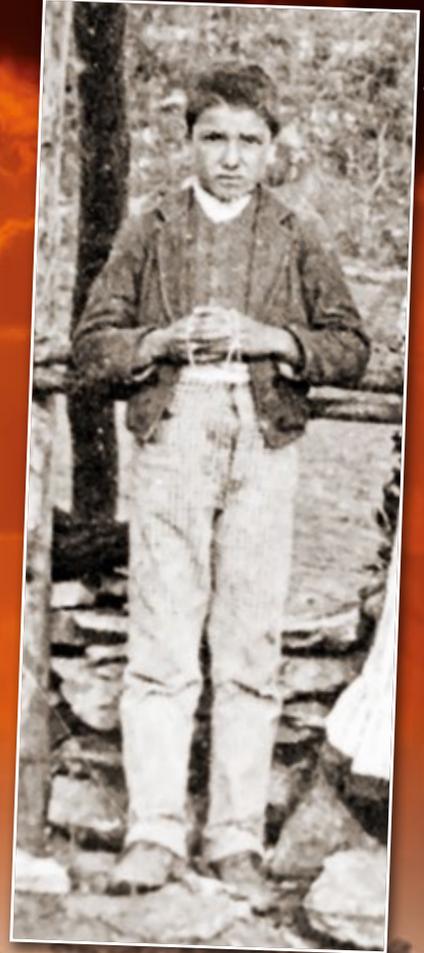
A pesar de haber habido ahí una intervención directa de la Madre de Dios —atestiguada por milagros estupendos, como por ejemplo el milagro del movimiento del sol—, quiso Ella que dos almas ofrecieran sus vidas y se inmolaran para que aquel plan de la Providencia tuviera la fecundidad necesaria.

Esto nos hace comprender bien como el apostolado del sufrimiento es insustituible y abre los caminos para la Iglesia.

Pidamos a Jacinta y Francisco que nos obtengan el sentido del sufrimiento, indispensable para que cualquier católico sea verdaderamente generoso y dedicado.

(Extraído de conferencia de 19/2/1965)

1) Ambos fueron canonizados el 13 de mayo de 2017 por el Papa Francisco

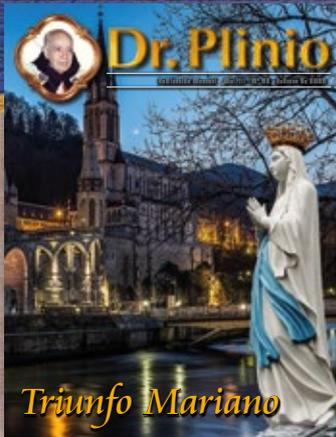


Multitud observa el milagro del sol durante una de las apariciones de Nuestra Señora en Fátima

Sumario

Vol. III - No. 22 Febrero de 2020

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor



En la portada, Santuario de Lourdes, Francia.

Foto: Gabriel K.

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- EDITORIAL**
- 4 *El gran triunfo marial*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *Oración preparatoria para la Comunión*
- DOÑA LUCILIA**
- 6 *El chal lila*
- EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO**
- 8 *Instintos y Sentido del Ser*
- DR. PLINIO COMENTA...**
- 14 *La perfecta felicidad*
- SANTORAL**
- 20 *Santos de Febrero*
- PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA**
- 22 *Punto culminante en la lucha entre el bien y el mal*
- HAGIOGRAFÍA**
- 27 *Dios es admirable en sus santos*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
- 30 *¡Oh Iglesia Católica!*
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *El secreto de la tranquilidad*
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 

El gran triunfo marial

En 1854, en la Bula *Ineffabilis Deus*, el gran Papa Pío IX definía como dogma la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. En 1858, desde el 11 de febrero hasta el 16 de julio, María Santísima se apareció dieciocho veces, en Lourdes, a una hija del pueblo, Bernadette Soubirous, declarando ser la Inmaculada Concepción. A partir de entonces, tuvieron inicio los milagros. Y la gran maravilla de Lourdes comenzó a brillar a los ojos del mundo entero hasta nuestros días. El milagro confirmando el dogma; esta es, en resumen, la relación entre el acontecimiento de 1854 y el de 1858.

Desde hacía mucho tiempo, los ambientes católicos de Europa y de América venían siendo trabajados por una verdadera lepra que era el jansenismo. Este hacía una campaña insistente contra la devoción a Nuestra Señora, acusándola de desviarnos de Jesucristo en lugar de conducirnos a Él.

La definición del dogma de la Inmaculada Concepción fue el primero de los grandes reveses sufridos por ese enemigo interno. Para probar que todo nos viene por medio de María, quiso la Providencia que el primer gran triunfo fuese marial.

Pero, para glorificar todavía mejor a su Madre, Nuestro Señor hizo más. En Lourdes, como una estruendosa confirmación del dogma, hizo lo que nunca antes se había visto: instaló el milagro en el mundo, por así decir, en serie y a título permanente. Hasta entonces, el milagro se daba en la Iglesia esporádicamente. Pero en Lourdes, las curaciones científicamente comprobadas y de origen auténticamente sobrenatural, se dan, a bien decir, con extraordinaria continuidad ante un siglo confuso y sin norte.

Fue por cierto un gran momento, en la vida del hijo pródigo, aquel cuando su espíritu debilitado por el vicio adquirió nueva lucidez, y su voluntad nuevo vigor al meditar en la situación miserable en la que había caído y en la torpeza de todos los errores que lo habían llevado a abandonar la casa paterna. Tocado por la gracia, se encontró, con más claridad que nunca, delante de la gran alternativa: arrepentirse y volver, o perseverar en el error y aceptar, hasta el más trágico final, todas sus consecuencias. Se dio el combate interno. Él escogió el bien.

El futuro, solo Dios lo conoce. Pero a nosotros, hombres, es lícito, entre tanto, hacer conjeturas según las reglas de la verosimilitud.

Estamos viviendo una terrible hora de castigos. Pero ésta puede ser también una admirable hora de misericordia. La condición para esto es que miremos a María, la Estrella del Mar, que nos guía en medio de las tempestades.

Movida de compasión hacia la humanidad pecadora, Nuestra Señora nos ha obtenido los más estupendos milagros ¿Esta piedad se habrá extinguido? ¿Tienen fin las misericordias de una Madre, y de la mejor de las madres? ¿Quién se atrevería a afirmarlo? Si alguien dudara, Lourdes le serviría de admirable lección de confianza. Nuestra Señora nos socorrerá.*

* Trechos del artículo "*Primer hito del resurgimiento contra-revolucionario*". En *Catolicismo*, n° 86, febrero de 1958.



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Oración preparatoria para la Comunión



Jesús Eucarístico
Iglesia de San Francisco,
Lucena, España

Madre mía y Señora del Santísimo Sacramento, Vos sois la síntesis perfecta de todas las personas buenas de todos los tiempos. Entre vuestras excelsitudes hay en Vos un “filón” que es la suprema perfección de mí mismo. Adorad a Nuestro Señor por mí y conmigo. Sed Vos mi “portavoz” celestial y habladle en nombre mío.

Venid, Madre mía, y cubrid mis manchas, porque en la presencia de Él soy indigno y lleno de defectos. Venid a resolver esta dificultad mía. Conseguid que Nuestro Señor Jesucristo no entre en juicio conmigo, y vaya perdonándome aun antes de entrar en mí. Venid con vuestra sonrisa, vuestra voz y vuestras palabras atrayentísimas a vuestro Divino Hijo. Amén.

Anunciación - Museo de la Catedral
de Santo Domingo - La Rioja, España





El chal lila

El chal tiene algo de superfluo que, bien usado, puede dar aires de nobleza, de dignidad. A una señora que tiene la edad del sol cuando se pone, le conviene un chal discreto, distinguido, que orne los ocasos. Y uno de los colores adecuados para Doña Lucilia era el lila, que tiene algo de reflexivo, de triste, de ordenado, de aquello que ya camina hacia el fin.

Aunque un espíritu no tiene color, pues no es de naturaleza material, se pueden relacionar estados de alma con determinados colores, procurando ver el espíritu que en ellos se refleja. Así, podríamos preguntarnos si existe un espíritu color *amaretto*, nacarado o dorado. El color es apenas un símbolo material de un estado de alma espiritual, inmaterial.

Color, aroma, sonido, sabor, y trazado de una línea

En un primer abordaje, la respuesta a la pregunta resulta una banalidad, porque es claro que a estados de espíritu corresponden colores. Por ejemplo, al negro le corresponde el luto. Y no es por una analogía, por una relación convencional, sino por una correspondencia natural. Un hombre muerto no ve, no siente. Él está para la vida como un ciego para lo deslumbrante de las luces, es decir, no ve. Se encuentra en una noche, en una oscuridad “eterna”, en la cual no ve nada.

Por otro lado, hay colores festivos que indican estados de alma jubilosos, triunfales, así como existen colores y tonalidades que indican el reposo.

La experiencia muestra que los artistas utilizan en sus obras este o aquel color para expresar un deter-

minado estado de espíritu. Luego esa reversibilidad existe.

Sin embargo, podríamos ir más lejos y preguntarnos si sería posible, tratando con personas, percibir qué color corresponde a este o a aquel individuo como mentalidad, y si, por tanto, las personas tienen colores, en ese sentido. Evidentemente no entra en consideración aquí la etnia.

Si establecemos con una persona un contacto en el cual ella no se siente forzada a representar un papel, no se empeña en falsificarse para hacerse agradable; por lo tanto, tomada la persona en su autenticidad, y supuesta una convivencia en la que, por la continuidad, los diferentes aspectos de ella van apareciendo y completándose – lo cual no implica una convivencia necesariamente muy larga, basta que sea proporcionada al discernimiento del observador –, podríamos decir que cada persona causa una impresión dominante. A mi modo de ver, esa impresión dominante se podría reducir, simbolizar en un color.

Más aún, creo que si, como vimos, a cada persona podría corresponder un color o una tonalidad dentro de un color, de donde resultarían matices más o menos indefinidos, a cada familia también podría corresponder un color, así como un aroma, un sonido, un sabor.

Eso ocurre también con las formas, pues el modo habitual de andar en la vida, la conducta de la persona o de la familia, sería pasible de reducirse al trazado de una línea. Así, hay personas cuya conducta es simbolizada por una línea tambaleante, otras por una línea recta, y otras por una espiral.

Lo práctico y lo estético

La única persona que yo reduje a un color, muchos años después de haber cesado mi convivencia con ella, fue mi madre. Realmente el brillo de la amatista era exactamente el *lumen* de ella. Pude notar que mi gusto por la amatista, cuando Doña Lucilia estaba viva, correspondía a un modo de quererla bien.

Mientras ella estaba viva, yo nunca hice esta reversión. *A posteriori*, cuando llegué a realizarla, me di cuenta de cómo todo lo que rodeaba a mi madre estaba inmerso en la luminosidad de la amatista, de un color tirando un poco a oscuro. No es, por tanto, de esas amatistas un poco blancuzcas. Es una amatista de valor, de un color fuerte, casi de cuaresma.

El chal que ella usaba continuamente estaba en consonancia con eso.

En general, cuando se trata del asunto de un traje, en las épocas más o menos bien constituidas, como era

todavía el tiempo en el cual ella vivió, al menos en algunos aspectos, se ve que hay una especie de composición entre el lado práctico y el estético. Las personas se hacen una cierta idea del lado práctico y con eso vienen luego algunas ideas del lado estético. Y hacen así un total en el cual no se sabe qué predomina más: lo práctico o lo estético.

El chal es característico a ese respecto. La idea es la siguiente: en aquella época había mucho miedo a los resfriados. Y se comprende bien, porque no existían antibióticos como hoy. Y para curar un resfriado era necesario mucho cuidado, porque de lo contrario degeneraba con cierta facilidad en gripe. Y la gripe podía degenerar en neumonía, y ésta en tuberculosis. Y la tuberculosis, que es una enfermedad infecciosa, mataba un número muy grande de gente en el tiempo en que Doña Lucilia era joven. Basta decir que en las piezas de teatro, la mayor parte de los héroes y heroínas que eran presentados muriendo fallecen de tuberculosis. Tanto que esa enfermedad se volvió frecuente en aquel tiempo.

Y el resfriado era el comienzo de un camino descendente que llegaba hasta la tuberculosis. Entonces las personas tomaban un cuidado enorme contra el resfriado, que hoy ya no se justifica, dada la facilidad que se tiene para combatir las enfermedades infecciosas. La idea práctica para evitar los resfriados, y sobre todo las enfermedades del pulmón, era que las señoras protegiesen los pulmones por medio de un chal. Se ve entonces que el chal envuelve y protege esa parte más sensible del cuerpo contra el peligro de las neumonías.

Adorno para expresar la mentalidad

De esa idea práctica se apoderó el arte. Y el chal usado por las señoras



Archivo Revista

El chal de Doña Lucilia era semejante a los que tenían incontables señoras de aquel tiempo. Ella lo usaba de esa forma y se cuidaba con el chal con mucha compostura, suavemente. Los chales de ella tenían una mezcla de distinción y suavidad en el modo de presentarse, que realmente me encantaba.

Una señora que tiene la edad del sol cuando se pone

El color y los diseños del chal tenían relación con la situación y la edad de la señora que lo usaba. De manera que a una señora anciana no le quedaba bien, por ejemplo, un chal rojo o brillante, con lentejuelas doradas o plateadas; sería una cosa horrible.

A una señora que tiene la edad del sol cuando se pone le conviene un chal discreto, distinguido, que adorne los ocasos. Y en esas condiciones, uno de los colores adecuados para mi madre era el lila, que tiene al mismo tiempo algo de azul, sin duda, pero también algo de reflexivo, de triste, de ordenado, de lo que ya camina hacia el fin. El lila le quedaba muy bien a ella.

Ese chal fue traído por mi hermana de un viaje a Europa. Tengo casi certeza de que ella lo compró en París. Mi hermana tiene mucho espíritu práctico y al mismo tiempo sabe vestirse muy bien. Y era un chal que tenía tres finalidades: calienta mucho, pesa poco – es importante que pese poco sobre los hombros de una señora anciana – y adorna bien.

Aunque sea normal que una persona, vistiendo ese chal, lo use sobre todo en las ocasiones en que está delante de personas extrañas, porque es un bonito ornato, a ella de tal manera le gustó que comenzó a usarlo todos los días. ❖

(Extraído de conferencias de 6/7/1980 y 25/8/1983)



Instintos y Sentido del Ser



El Bautismo da al sentido del ser la luz que él busca, proporcionando un equilibrio de todos los instintos, sin el cual el hombre cae en los desatinos característicos del mundo de hoy. El desvarío de los instintos es un factor muy importante del progreso de la Revolución. El gran instinto fundamental es el sentido del ser, que el individuo conoce por connaturalidad y por evidencia absoluta.

Las leyes de funcionamiento de los instintos constituyen principios muy claros que ayudan enormemente a comprender la historia de la Revolución tendencial. Porque los instintos humanos no se aplican apenas en función de cosas materiales, sino que, colocados delante de aspectos de carácter intelectual, también son capaces de reacción. Sobre todo, cuando se trata de aspectos que, por medios sensibles, les hacen percibir cosas intelectivas. Por ejemplo, una ceremonia eclesíástica hace entender al hombre realidades doctrinarias – como normas, principios, verdades – a través de medios sensibles.

Equilibrio instintivo y santidad

Esa correlación es evidente y tiene como efecto que el instinto, con sus mutabilidades, posee capacidades de saciarse de verdades, como de

errores, y querer cambios, porque es propio del instinto moverse así.

Esa movilidad de los instintos, esa especie de disociación del instinto con la razón constituye una causa profunda del perpetuo sufrimiento del hombre concebido en pecado original. El hombre sin pecado original no tenía eso.

Es muy bonito ver cómo la gracia actúa en el alma humana, porque da al hombre, por una especie de experiencia mística, un preanuncio del Cielo y de la vida de Dios, el sabor de una eternidad lejana de la cual se tiene una anticipación aquí en la Tierra, y



Santo Domingo de Guzmán (por Fray Angélico)
Convento de San Marcos. Florencia, Italia

que es una cierta degustación – dentro de un caos que es preciso aceptar en la batalla, en el ardor, en la consolación, en el sacrificio – siempre acompañada de algún elemento que tiene su papel en el juego de los instintos, en cuanto ordenativo y que eleva. Es la gracia de Dios, única e incomparable, actuando hasta el fondo y dando un equilibrio que el hombre, por sus instintos, no sería capaz de concebir, pero que pacifica sus instintos y le confiere santidad.

En mi opinión, un ejemplo magnífico de eso son las obras de muchos pintores del siglo XV, y de Fray Angélico de un modo muy destacado y excelente.

Por ejemplo, aquel cuadro que representa a Santo Domingo meditando probablemente el Evangelio. Lo que hay de equilibrio instintivo allí, en la línea de lo que estoy diciendo, es un tesoro tal que, mirando aquella pintura, no se sabe qué decir. Haría bien tener ese cuadro en la sala de trabajo, con la intención de empapar los propios instintos en aquel equilibrio y en aquella paz, conferidos por la Escritura y por la gracia.

En gran parte, por ser católicos, sentimos en nosotros mismos el sumo equilibrio y la santidad que ese factor pone, pues el Bautismo da al sentido del ser, en su inocencia primera, la luz que él busca, proporcionando, *in radice*, un equilibrio de todos los instintos. La persona que no tenga ese equilibrio cae en convulsiones, exageraciones, locuras, características de este mundo que vemos.

El gótico flamboyant

En efecto, es necesario considerar el desvarío de los instintos como un factor muy importante, aunque no sea el único, del progreso de la Revolución. Ejemplifico con el final del arte gótico. Cuando llegó el gótico *flamboyant*, se sentía que el gótico había dado de sí todo cuanto debía dar. Entretanto, el gótico es tan excelente que se diría ser un estilo per-



Catedral de Burgos, España

fecto y, una vez abandonado, cualquier otra cosa que viniese después correspondería a una prevaricación.

Ahora bien, hay algo por lo que, si la virtud hubiese continuado, se tendría la percepción artística de cuál era el camino por donde, continuando el gótico, se iría, no obstante, más allá del gótico. Pero como entró la degeneración de la Edad Media, los hombres no fueron capaces de prolongar el gótico. Vino la Revolución que significó el Renacimiento. ¿Por qué? Porque los instintos también estaban exhaustos del gótico. La perpetua ojiva, el perpetuo vitral...

De hecho, el perpetuo equilibrio también necesita encontrar sus osadas variedades armónicas, porque, de lo contrario, en este valle de lágrimas, hasta el equilibrio perfecto cansa. Entonces, el propio equilibrio debe saber engendrar, no los desequilibrios, sino las unilateralidades armónicas que llevan hacia un lado y después a otro, haciendo de eso un equilibrio original.

Es decir, progresar en la línea de la tradición, innovar en el sentido de la continuidad, todo eso está relacionado con las leyes de cómo los instintos pueden ser alterados. Hay



Claustro del Monasterio de San Benito, Río de Janeiro, Brasil

ciertos momentos en que es necesario variar, y otros en los cuáles las civilizaciones cambian y caen porque no hubo originalidad para seguir adelante.

Los instintos pueden progresar. Cuando ellos se mueven ordenadamente, van exigiendo continuidades y cambios por los cuales se ajustan y progresan.

Era necesario que la Iglesia, a lo largo de la Historia, fuese mostrando su santidad, pero siempre variando armónicamente, de tal manera que la santidad de la Iglesia no fatigase nunca. Ella sólo cansa a los hombres que no tienen alma recta. A los hombres de alma recta, nunca los fatiga. Sin embargo, va engendrando santos y más santos, todos ellos diferentes. Es un progreso, por tanto, con una variedad enorme dentro de la unidad. Supongo que los santos de los últimos tiempos van a ser una síntesis de todo eso.

Pequeños monjes del Convento de San Benito, en Río de Janeiro

Entonces, yo imagino que ese es el modelo de todas las variedades que los instintos humanos harían, si los hombres fuesen fieles a su vocación y a la gracia. Y que tendríamos modalidades asombrosas de belleza del alma humana y de las civilizaciones, si eso fuese hecho así.

Eso contraría la idea equivocada de que se puede ser gruñón, aburrido, agresivo, cobarde, dar largas a los instintos como se quiera, no tiene importancia, desde que no se caiga en pecado. Ahora bien, eso no es verdad porque trae consigo raíces de pecado. Y si esas raíces pasan por convulsiones locas, ¿qué pueden ser las plantas nacidas de ellas?

Por el contrario, los instintos educados desde que la persona es pequeña – con amor, bondad, continuidad y fuer-

za – poseen una ordenación que muestra cuánto la vida no se reduce a racionios, sino que consiste en la educación que produce esa ordenación.

No puedo olvidar la primera vez que fui al Convento de San Benito, en Río de Janeiro, y de repente vi pasar delante de mí unos niños de doce o trece años vestidos de frailecillos, conversando en el claustro, de dos en dos, con aires de pequeños monjes. Le pregunté a un fraile que estaba allí:

— ¿Qué niños son esos?

— Ese es el pre-seminario benedictino.

Era necesario ver aquel hieratismo benedictino, el paso que llevaban, el modo por el cual el escapulario negro caía hacia atrás, aquel estilo todo cómo ya se iba formando; una maravilla.

Cuando más tarde conocí la palabra española *monaguillo*, me encantó el término, y creo que originalmente designaba ese “frailecillo” que estudia, aún niño, en el semina-

rio. Supongo que el *coroinha* (acólito en portugués o chico del coro), por analogía es llamado monaguillo, porque esos niños con certeza ayudaban en las misas en el convento. Eran los monaguillos del convento.

El gran y fundamental instinto humano

La tendencia a lo mutable hace que ciertas apetencias del instinto humano caduquen legítimamente. Es una caducidad saludable, propia de la tendencia del ser humano para el cambio, que es un elemento propulsor del hombre.

En la parábola del hijo pródigo, Nuestro Señor da a entender que la casa de aquel padre era irreprochable, por ser el padre irreprochable, y que el hijo dejó la residencia paterna sin razón alguna. ¿Habría, en verdad, dejado la casa paterna sin razón ninguna? Es evidente que hubo una saturación mala de los defectos, en relación al orden dentro de la residencia. Esta saturación representó un cambio de las pasiones desordenadas sobre los instintos. Los instintos pasaron a pedir cosas malas, junto con las pasiones desordenadas. Y eso le llevó a salir de casa. Después, él sufrió, pasó a amar el orden, y la gracia le hizo cambiar. Es muy bonito.

Yo juzgaría osado decir que hay un instinto fundamental, que sea la matriz de todos los otros instintos. Pero que existan instintos básicos de los cuales los otros son variantes, en ese sentido de matriz, sí se podría afirmar. Tengo la impresión de que, en ese sentido, el gran instinto fundamental es el sentido del ser, que el individuo conoce por connaturalidad y por evidencia absoluta.

El sentido del ser, con toda su riqueza prodigiosa, es correlato con el concepto de ser, pero no debe confundirse uno con el otro. Todo cuanto el individuo piense en función del concepto de ser, todo cuanto se mueva en esa línea instintiva es una derivación del sentido del ser. Por ejemplo, el horror de la

muerte, de la podredumbre, de ciertas cosas hediondas, que son como la expresión del aniquilamiento, es instintivo y correlato con el sentido del ser.

En ese sentido, en mi opinión, él es un gran instinto fundamental del hombre. Y ese instinto del ser, así considerado, el animal no lo tiene. Aunque el animal está dotado de instintos, el animal no sabe que él es. Y el sentido del ser al cual me refiero es intelectual. Es, sin duda, un sentido, pero es el hombre inteligente quien siente, a pesar de que no sea propiamente un acto de abstracción. Es el fundamento de todo el otro juego de los instintos.

El sentido y el concepto de ser existen para vivir juntos, se completan. Como yo no soy un ángel, mi sentido del ser tiene que ser corroborado por un concepto. Tan pronto mi inteligencia comienza a funcionar, mi sentido del ser pasa a desenvolverse y a perfeccionarse, porque ya existe la noción de ser, si bien muy embrionaria, propia de un niño. Pero el niño ya tiene un conocimiento del ser, en sí, primero, evidente, como que instintivo, o sea, que toca en los instintos; el sentido y el concepto de

ser vienen juntos. Si el ser humano no tuviese, con la inteligencia, también el instinto del ser, no sería capaz de tener el conocimiento del ser. Son elementos que se complementan.

Sentido de nuestra contingencia

La única idea innata existente en el hombre es la del ser. Se comprende, porque toda idea es adquirida por el hombre en función de otra idea. Así, es necesario que haya una primera idea que no nació de la nada, de lo contrario el ser humano no es capaz de tener ninguna otra.

Santo Tomás, para probar que existen evidencias, argumenta que todo raciocinio es deducido de premisas. Si no existen premisas evidentes que no dependen de un silogismo, nunca habría un primer raciocinio cierto.

Así, una persona como Helen Keller¹, por ejemplo, que sólo conoció el mundo externo por el tacto, al recibir el primer contacto, concluiría instintivamente lo siguiente: algo que no soy yo me tocó. De donde se ve que es-



Helen Keller en 1907



ta idea “yo y algo” – que son nociones de ser – estaba durmiente en ella.

Es esa especie de monarquía del sentido y de la idea del ser, la que preside toda esta materia de la que estamos tratando.

Cuando un individuo se droga para entrar en el reino de lo irreal, él tiene su instinto del ser viciado, deforme. El deseo de ingerir droga para evadirse de la realidad, una vez consentido, es un pecado contra el instinto del ser, porque la persona debe tener apetencia de la realidad, incluso cuando es dolorosa, aun porque, siendo concebidos en pecado original, tenemos y debemos tener una cierta apetencia de sufrir, como algo que pone en orden nuestra alma.

El sentido de nuestra contingencia es, a mi juicio, una de las modalidades del instinto del ser. Ciertamente, si no sintiésemos nuestra contingencia, no tenderíamos hacia Dios. Por otro lado – y eso es muy bonito – si sentimos nuestra contingencia es porque duermes en nosotros un cierto sentido de lo absoluto. Exactamente, uno de los pecados que la Revolución Industrial más alimenta en nosotros, es eximir de esta necesidad que el alma tiene de lo absoluto, de la lógica última, de la regla cierta y sustituirla por lo superficial, lo episódico, lo efímero que produce en el hombre un contentamiento de periferia, por el cual las profundidades del alma quedan abandonadas y se transforman en antros tenebrosos.

Revolución Industrial: perpetua evasión de lo absoluto

La revolución industrial lleva a una perpetua evasión del absoluto hacia dentro de un espejismo, que es lo efímero, lo circunstancial, dándonos la ilusión de que todo eso puede llenar la falta que nos hace el absoluto. Esto es, poniendo una impresión encima de la otra y llevando esas impresiones al paroxismo. El sofisma del demonio está en esto: “¿Quieres el absoluto? Está

bien. Yo te doy el paroxismo que te hace tocar con la punta de los dedos el absoluto”. Ahora bien, eso es mentira. El paroxismo no hace tocar el absoluto. El absoluto lleva determinadas cosas a su legítimo paroxismo, pero el mero paroxismo no conduce al absoluto.

Por ejemplo, la persona sale corriendo de un tren, entra en un avión, baja del avión y toma un autobús que la espera en la pista y la conduce hasta el lugar adonde otro mecanismo ya llevó las maletas; se queda esperando junto a la cinta que viene trayendo el equipaje. Después, toma un taxi y se dirige al hotel donde, a manera de una colmena, entra en un alveolo... Son impresiones, preparativos, etc.

Cuando un individuo, cansado de valores relativos, llegó a esos paroxismos tiene una ilusión de que le fue dado el absoluto. Pero el absoluto no es eso. Por el contrario, la continuidad patriarcal, esta sí, hace tocar en el absoluto, y es mucho más conforme a las exigencias del sentido del ser.

En francés se hace la distinción entre *gourmet* y *gourmand*. El *gourmet* es la persona que aprecia alimentos de excelente sabor, mientras que el *gourmand* ingiere cantidades. Pero por ser concebido en pecado original, el hombre busca, por una vía o por otra, satisfacer de algún modo las apetencias de su cuerpo que le dan a su instinto del ser la ilusión de que está satisfecho. No obstante, lo que comanda tanto al *gourmet* cuanto al *gourmand* es una necesidad del sentido del ser.

Sentido de la familia

Algo parecido sucede en relación al instinto de sociabilidad. Por más que la persona tenga horror a la multitud, a la masa, si es obligada a pasar un largo periodo de tiempo en cama debido a alguna enfermedad, al salir por primera vez tiene una sensación de que el ver mucha gente completa una exigencia del instinto del ser.

El hombre puede hacer, esto sí, un sacrificio saludable, que ya no viene de

una apetencia instintiva, sino que es la voluntad de sacrificarse. Con todo, aun en eso creo que hay algo de instintivo, porque el pecado deja una marca que “fríe” el instinto. Mientras no viene la absolución, el hombre hierve. Una vez recibida la absolución él tiene deseo de limpiarse de aquello que ya no está más en él, pero que le dejó una cierta suciedad. Entonces, hace penitencia. A propósito, por eso existe el Purgatorio. Las almas del purgatorio tienen que restituir un cierto gozo ilegítimo que tuvieron. Ellas están contentas de estar en el Purgatorio para liberarse de eso. Sufren, sí, pero por una necesidad en la que el sentido del ser participa y, en cierto modo, dirige.

Hay, junto al sentido del ser, lo que se podría llamar el sentido de la familia, que no es sino un desdoblamiento del sentido del ser. Es decir, es un aspecto de las operaciones del sentido del ser, por el cual el individuo siente que, por el hecho de pertenecer a una misma estirpe, su ser participa más del de su padre y su madre y sus hermanos que del ser de sus parientes más lejanos. Y que él y los parientes participan más unos de otros, como seres, que de los extraños a la familia. Eso forma exactamente una ordenación que se va diluyendo casi hasta no existir más, como hoy en día. Precisamente porque el sentido del ser está aniquilado, perseguido de todos los modos posibles en nuestros días.

Temperamento

Con base en mis observaciones – no hice un estudio profundo sobre el asunto –, sería llevado a decir que el temperamento se refiere al modo por el cual las impresiones y las emociones vibran en los nervios del individuo. Puede ser que la inteligencia genere condiciones muy difíciles para el buen funcionamiento de los nervios, de las glándulas y todo el resto, cuando el individuo adopta una idea o un sistema filosófico falso; como puede ser también que el conjunto de las disposiciones nervio-

sas, glandulares y otras, generen condiciones muy difíciles para que el individuo vea la verdad. Pero queda siempre como fiel de la balanza la inteligencia y la voluntad capaces de discernir y responsables por no seguir la verdad.

Eso tiene relación evidente con los instintos, en el siguiente aspecto: el sentido del ser, que concebimos como siendo espiritual, no es un elemento del puro espíritu; tiene un cierto nexo con el propio ser del cuerpo y con algo que determina la unidad del cuerpo y de todos sus movimientos, y que dirige el cuerpo como el sentido del ser comanda todo el resto.

Por así decir, sería la “torre de comando” del hombre: En primer lugar, el alma con la inteligencia y la voluntad, sus deliberaciones espirituales y libres; en seguida, la parte de los sentidos y, después, la de los temperamentos, la vida biológica, influyendo unos sobre los otros continuamente. Aun así, con el comando de la inteligencia y la voluntad. Comando no fácil, pero cierto; a veces en la bruma, pero diáfano. El hombre, si es recto, siente que puede, por su inteligencia, saber lo que debe saber y decidir lo que debe decidir. La cuestión es saber navegar en la bruma.

“Yo soy aquel que es”

Sería muy bonito si pudiésemos constituir un análisis de toda la vida espiritual a partir del examen de cómo es nuestro sentido del ser, si él está en orden; de cómo es el orden del sentido del ser y cómo estamos constituidos en función de eso. Sería una meditación que yo pondría como desdoblamiento del primer Mandamiento, porque amar a Dios sobre todas las cosas es algo conexo con esto. Por

cierto, en la búsqueda de lo efímero ofrecida por la Revolución Industrial, arriba descrita, hay un ateísmo virtual, es una civilización atea. El colectivismo, como niega la individualidad y quiere absorber todo en una pan-sociedad, niega el sentido del ser.

En Nuestro Señor Jesucristo, por el contrario, encontramos la afirmación de ese Ser en una plenitud, una fuerza, una bondad, una irradiación solar especial, sublime, equilibrada, armónica. Y de modo muy elocuente en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Evidentemente, este es el fundamento.

En la concepción de la Revolución, el Dios trascendente es una mentira que el hombre fabrica, engañado por la idea de que Él es un individuo. Y verdadero es el pan-dios, que tiene como imagen en la realidad el pan-individualismo, o el panpsiquismo.

En esa clave, nuestro gran grito de alerta debe ser en el sentido de despertar en los individuos la experiencia, por así decir, moribunda, del propio “yo”. Entonces, delante de la muerte del propio “yo” algunos no se dejarán tragar por la muerte, y aceptarán la idea de su propio ser, de la trascendencia recíproca de los seres y de la ordenación jerárquica de las cosas. En el fondo, verán que algo trasciende, que todas las alteridades son verdaderas.

Ese es el orden del bien. La conversión lleva a la aceptación de la Religión Católica en sus expresiones más genuinas, puras y nobles. Al decir “Yo soy aquel que es” (Ex 3, 14), Dios Nuestro Señor afirmó: “Yo soy el Ser absoluto, en función del cual todos los seres relativos y contingentes se explican.” ❖

(Extraído de conferencia de 29/12/1985)



El Divino Maestro – Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, Montreal, Canadá

1) Escritora y conferencista norteamericana. Fue la primera persona sorda y ciega de nacimiento en conquistar un bachillerato (* 1880 - †1968).

La perfecta felicidad

A veces, la primera etapa de la vida de una persona parece ser la más feliz de su existencia. ¿Será que la vida consiste entonces en la búsqueda inútil de una felicidad que quedó atrás? Dios no podría permitir que así fuese, y hace que seamos visitados por una felicidad procedente de la alegría del esfuerzo victorioso, preanuncio de la eterna bienaventuranza que desciende sobre nosotros como una estrella salida de las maternales manos de María.



Godofredo de Bouillon
entrando en Jerusalén
durante la Primera Cruzada

Hay un período inicial de la vida del hombre – al menos para la gran mayoría de los hombres – que va poco más o menos desde el momento en que comienza a conocer el mundo exterior hasta las primeras desilusiones con sus amigos –esto, cuando estas no se dan en su propia casa.

La inolvidable felicidad de la primera etapa de la vida

En esa primera etapa de la vida hay una secuencia continua de felici-

dades, y las personas tienen una alegría de la que no se olvidan hasta el fin de su existencia. Cuando llegan a la extrema vejez, después de haber pasado por las más distintas situaciones de alma y, por tanto, habiendo alcanzado algunas veces los mayores triunfos, así como resbalado hasta lo más hondo de las derrotas más dolorosas, a ellas les gusta recordar aquella felicidad primera como si hubiese sido algo que – una vez perdido – no se recuperará más. Y eso era, para ellas, el verdadero sentido de felicidad.

Algunas veces, incluso en la juventud, después que el individuo ha recorrido los primeros cuatro o cinco pasos de la vida, mira hacia atrás y percibe que en aquel período él era realmente feliz pero no sabía que lo era. Le parecía tan natural que todo sucediera bien, se adaptaba fácilmente a lo mucho o poco que su familia poseía: ¡Oh felicidad!

El sujeto avanza un poco en la vida y percibe, de repente, que está cercado de preocupaciones, decepciones, tiene interrogantes confusos, oscuros en relación al futuro, siente

carencias, perplejidades y, al mismo tiempo, un deseo loco de vivir. Y, en medio de todo eso, aquella felicidad sin mancha y sin nubes del pasado quedó atrás.

Para gozar bien la vida en la tierra, la verdadera pregunta sería: ¿Cómo volver a aquella felicidad?

Algunas veces los mayores poetas, los hombres que pasaron por las más emocionantes y agradables situaciones, cuando hablan del tiempo de su primera infancia se conmueven.

Consideren la tragedia del hombre que, poco después de haber dado unos pasos iniciales en una gran vía en busca de algo, percibe que quedó atrás lo que buscaba pero no puede devolverse.

Napoleón no encontró la felicidad en su gloriosa carrera...

Córcega es una isla que en el siglo XVIII fue incorporada a Francia. Allí estaba la familia Bonaparte que fue perseguida por razones políticas. Por haber participado de guerrillas en aquellas desoladas montañas tuvo que irse a Francia, en pobres condiciones. Allí, Napoleón, el hijo mayor de la familia, por condescendencia del rey, fue recibido como cadete en la escuela de oficiales.

Comenzó entonces su carrera que abarcó todo: tuvo una ascensión continua, pasó por victorias militares, fue coronado emperador de los franceses, se casó con una archiduquesa de la casa imperial más ilustre del mundo, la casa de Habsburgo, presidió congresos de emperadores, príncipes, reyes, duques, a sus pies el auditorio era de cabezas coronadas. Se cuenta el caso de que estando una vez en determinado palacio, se dio el toque característico de trompeta para anunciar la entrada de un huésped ilustre y entonces un soldado le preguntó a otro:

— ¿Quién está llegando?

— ¡Ah! No es sino un rey...

Eran tantos los emperadores que iban a visitarlo que si no era un emperador, era casi cero.

Podemos imaginar cuántas impresiones alegres tuvo Napoleón. Basta pensar solamente en la fecha de su coronación. ¡Cómo aquello debió dejarlo radiante!

...ni en la reconquista de su gloria tras terribles reveses

También lo acometieron las desgracias más fulminantes. Cayó en 1814. Rusos, austriacos y prusianos invadieron Francia y fue depuesto. Fue odiado hasta el punto de tener que irse al sur de Francia y allí tomar un pequeño navío que lo condujo a su exilio, una pequeña isla mediterránea donde tenía el título ridículo de “Rey de la Isla de Elba”. Y él -para quien era una benevolencia recibir un rey-comenzó a anunciar que Su Majestad, el Rey de la Isla de Elba, Napoleón Bonaparte, recibiría a todas las personas que pasaran por la isla y quisiesen conocerlo. Y se transformó, así, en una especie de atracción turística, para tener gente con quién conversar.

En cierto momento, las situaciones políticas le son favorables, se dan

mil circunstancias, y regresa a Francia. En poco tiempo está en París, el rey de la casa de Borbón huye, y Napoleón retorna al palacio en hombros de todos sus seguidores, y es de nuevo emperador de los franceses. Imaginen la embriaguez de dormir otra vez en la cama que había dejado, ser servido nuevamente por los cortesanos en el palacio que había perdido.

Pues bien, al cabo de cien días, exactamente, sufre una derrota en Waterloo y tiene que huir, esta vez al norte de Francia donde toma un navío inglés. Y escribe al rey de Inglaterra una carta en la que le dice: “Vengo a refugiarme junto al más generoso y más grande de mis adversarios. Espero de vuestra parte una magnánima acogida”. A lo que el monarca inglés respondió: “¡Cómo no! Queda usted preso”.

Es enviado a Santa Elena, una pequeña isla volcánica en medio del océano atlántico, en un tremendo abandono. Abandonado por los mejores amigos, se dirige al exilio en una embarcación acompañado de una pequeña corte de gente que le queda fiel y que lo sigue solo para colgarse de las solapas de la casaca de un hombre con fama.





Treinta días de viaje, durante el cual pasa largas horas silencioso, viendo pasar el mar. A veces baja al comedor donde, durante las comidas, mantiene largas conversaciones con personas de tercera categoría, que toman nota de lo que él dice para publicar esas confidencias cuando él muera y ganar dinero.

Desembarcan en Santa Elena y, poco después, le da una especie de cáncer en el estómago. Al final de su vida estaba tan débil que no tenía fuerzas ni para abrir los párpados, y así murió.

En cierto momento de su vida, todavía en el auge de sus triunfos, le preguntaron:

— ¿Cuál fue el día más feliz de su vida?

Su respuesta es famosa:

— El día de mi Primera Comunión.

Por lo tanto era la felicidad que había quedado atrás.

Un preludio de la felicidad futura

Pero, entonces, si es para caminar distanciándose cada vez más de aquello que procuramos con ebriedad, entonces ¿qué es la vida?

Una vez que no puedo evitar sin sabores, inquietudes y desilusiones, y encuentro la fórmula de la felicidad en las añoranzas de los primeros pasos de mi existencia, debo comprender lo siguiente: En esta vida, la felicidad es relativa.

Sin embargo, Dios no sería Dios si hiciese de esa felicidad primera originaria apenas un sarcasmo: “Vive. Yo te doy apenas un trago en la copa inefable de la felicidad y después te arrojo en el mar de los dolores ¡Ve!”

¡No! Dios no hace eso. Él le da al hombre una promesa magnífica: “Aquella felicidad que tuviste al comienzo, hijo mío, fue una muestra de la bienaventuranza eterna que

tendrás al final. No es real que te vayas sumergiendo de infelicidad en infelicidad. Al contrario, la verdad es que, al final del camino, encontrarás la felicidad. Tendrás que atravesar los umbrales de la muerte, pero más allá de esta se encuentra la felicidad radiante de la que goza Jesucristo en el Cielo. Todo cuanto fue felicidad en tu infancia está para la que tendrás en el futuro como la luz de una luciérnaga está para la de diez mil soles reunidos. No se puede tener idea de lo que es esa felicidad que te espera.

Tendrás que caminar y sufrir. Sufre con rectitud y recibirás ese premio. Camina, sumérgete con resignación y coraje en el dolor y en la dificultad, supera ese mar de tormentas y cae en la sepultura. ¡Del otro lado será la aurora eterna! No mires hacia tu pasado como la felicidad perdida. Míralo como la promesa de la felicidad a ser adquirida”.

Gimiendo bajo el peso de la cruz

A esto alguien podría responder: “Señor, ¡todo eso es grandioso y magnífico! Permittedme decir: ¡Todo eso es misericordioso y terrible! Una tan larga caminata durante la cual no encuentro un oasis, una gota de agua cristalina, una sombra, un poco de pasto verde, una palmera, y tengo que caminar, caminar y caminar, partir del Mar Rojo para llegar al otro lado del océano... Señor, sé que es un océano de delicias pues Vos lo afirmáis. Y decís más: la delicia para mí seréis Vos, y yo lo creo, Dios mío. Pero, Señor, ¡ten pena de mí! Quiero mucho llegar hasta allá pero no tengo fuerzas para atravesar ese desierto. Tanto más que no se trata apenas de trasponerlo. Mucho más que eso, es necesario atravesarlo directamente. Es la ley de mi cruz, oh Dios mío: cargar la vuestra. Cargar la cruz de no pecar, de ser virtuoso, de cumplir vuestros santos y magníficos Mandamientos. Pero estos son como es la felicidad: me encantan, comienzo a cumplirlos y me pesan. Y el peso es tan grande que a veces, por mi culpa, caigo y tengo la desgracia de ofenderos...En mi joven edad, cuando veo al Dr. Plinio con setenta y siete años de edad, me imagino cuanto tiempo voy a tener que andar en ese desierto”.

Otro entonces le dirá a ese pobre joven que le pida a Dios la muerte. “¡Tampoco!, responderá el joven. Me da miedo morir. ¡Dios mío tengo miedo de la vida y tengo miedo de la muerte! ¡Oh, tiempo dorado que

Divulgación (CC3.0)



Napoleón en la isla de Santa Elena

quedó atrás, cuando yo no pensaba en eso! Doctor Plinio, ¿usted no se da cuenta de que yo no quiero mirar de frente lo que me está mostrando? Usted abre con un hacha mi cabeza y me cuenta lo que yo tenía miedo de oír. Ahora el hecho está ya consumado, he visto que eso es así y usted no se da cuenta que yo procuraba envolverme en nubes para no mirar eso de frente. Usted sopla encima de mi nube y estoy delante de ese cuadro. ¡Oh! ¿Por qué hizo eso?”

Reencuentro con la felicidad primera

Dios es Padre lleno de misericordia y nos da, de vez en cuando, un medio de sentir, a lo largo del camino, la felicidad que dejamos. Ella nos visita multiplicada por sí misma como una estrella que baja del Cielo para iluminarnos la vía, y con la que podemos jugar.

Es algo que depende de nosotros. De tal manera depende tanto de nosotros que se diría que solo depende de nosotros y no de Él. Pero depende tanto de Él, que se diría que solamente depende de Él y no de nosotros.

Cuando en esta vida el hombre tiene la conciencia recta, cumple los Mandamientos por la gracia que recibe del Cielo, y sabe que está caminando hacia el Cielo en medio de mil dolores, hay momentos en que la estrella cae del Cielo y lo visita. Es el momento en que la persona se siente pura, tiene alegría de conciencia por estar llevando la vida que debía y, correspondiendo a las felicidades enunciadas por Nuestro Señor en el Sermón de la Bienaventuranzas. Y, por un lado de su alma, aquella felicidad inicial continúa hasta que la persona llega a los bordes iluminados de toda felicidad, y entonces muere tranquila.



J.P. Beltran

No hay quien, siendo católico practicante, por la gracia de Dios y los ruegos de María Santísima, no haya sentido la alegría de confesarse y salir de este sacramento con la impresión de que su alma quedó limpia, la absolución se posó sobre él y lo reconcilió con Dios, y dejó el confesionario con el cuerpo y el alma más leves. Algunas veces esto dura poco, aunque la persona se mantenga por mucho tiempo en estado de gracia. Pero ¡qué sensación, qué felicidad! ¿No es verdad que reencontramos aquella felicidad primera?

Un grado más de la felicidad: ¡El heroísmo!

Al poco tiempo llega la tentación y comienza la lucha. Con la lucha se tiene la impresión de que la felicidad se alejó. Y, realmente, muchas veces la lucha es terrible. Pero cuando la lucha pasa, comprendemos que has-ta en la lucha éramos felices porque

teníamos conciencia de estar venciendo, siendo fieles a Nuestra Señora, a Nuestro Señor y pisoteando al demonio.

A las felicidades de la infancia se junta una nueva que la infancia no conoce: la felicidad de la victoria, de haber hecho el esfuerzo y haberla logrado. La primera felicidad no conoce eso. Todo le cae en la mano, sin esfuerzo. La persona tenía la ilusión de que aquello era felicidad precisamente porque no exigía esfuerzo. Pero cuando conoce la alegría del esfuerzo victorioso, comprende: “Subí un grado en la felicidad. Me volví héroe, vencí por primera vez y respiré el aire puro de las cumbres. ¡Ah quiero más cumbres porque quiero vencer!”

Vencer antes y por encima de todo el pecado. Es esencialmente el enemigo que debemos derrotar. Qué tranquilidad y alegría cuando un hombre puede decir: “Atravésé por tal probación pero cumplí con mi deber. Tentado por toda especie de impureza, de cólera, de abatimiento, de cobardía, por todo. Pero resistí y vencí”.

Alguien podría objetar: “¡Pobre miserable! Usted no venció nada. No hizo una carrera. ¿Qué venció?”

La respuesta es muy simple y ahora les hablo de mi caso concreto. Yo vencí a mi peor enemigo: Plinio Corrêa de Oliveira. Porque cada uno de nosotros tiene dentro de sí su peor enemigo de quien hay que desconfiar, cogerlo por el cuello y derrotarlo. Y si Nuestra Señora me concede la gracia de vencer hasta el fin ese enemigo, al final de cuentas, mirando mí pasado yo diría: ¡Fue un camino de dolor, es una estela de luz!

Entonces, ¿qué viene a ser la felicidad en esta perspectiva? Es el recuerdo fiel de un gusto celestial que



yo, bautizado, hijo de la Iglesia, miembro del Cuerpo Místico de Cristo tuve en el origen de mi vida. Y, en el fondo, es esa la felicidad que yo busqué la vida entera y me fue dada a gotas, de vez en cuando, mientras iba caminando. Eran los oasis. Al final, vendrá el Cielo.

De todo hombre que sinceramente pueda decir esto de sí mismo y para quien esto fue realmente así, se podrá escribir en su sepultura: "Aquí yace anónimo. Fue feliz porque se fue al Cielo".

El mundo nos ofrece conchas llenas de aflicción

Consideren un richón que reformó su casa diez veces a lo largo de su vida y compárenlo con una persona que posee una casita mediana y pasó la vida entera contento allí. ¿Quién es más feliz? : ¿El que reformó su casa un montón de veces o quien supo encontrar deleite en una casa que no necesitó reformas?

El mundo presenta modelos de felicidad que son como unos caracoles llenos de aflicción. Son lindos, pero al probarlos son amargos. ¡Qué desilusión, qué cosa tremenda! Una vida sin sentido, sin significado, que lleva a las personas a preguntarse para qué está viviendo y, a veces, a suicidarse.

Nuestra civilización tan rica, a la cual se insiste en presentarla como el mundo de la felicidad, es la que conoce en alto grado una de las manifestaciones más impresionantes de infelicidad, algo exclusivo de nuestra época: el suicidio de niños.

Divulgación (CC3.0)



Los cuatro líderes de la Primera Cruzada

La alegría descende del Cielo sobre el que cumple el deber

¿Cuál es, entonces, el mundo de la felicidad? Piensen en los cruzados yendo a Tierra Santa.

Sobre un bonito prado los corceles comienzan a desfilar. ¡Cómo todo eso es bonito! Pero, sobre todo, es bonito notar una cierta alegría de aquellos cruzados que van, ¿para dónde? Para el peligro.

Ellos saben que con las embarcaciones frágiles de aquel tiempo pueden ir a parar al fondo del Mediterráneo, y el mar se vuelve para ellos una sepultura.

Y cuando lo atraviesan, encuentran del otro lado el calor tórrido del desierto con el que no están habituados, una naturaleza seca, árida, donde el peligro mahometano los aguarda. Además, cuántas y cuántas ve-

ces la muerte sin médico, sin cirugía, tremenda, en el campo de batalla, en horas de sed abrasadora, porque la sangre iba escurriendo y el cruzado con deseos de beber una gota de agua, pero no tiene quien se la dé porque está sin socorro. Metido en aquella armadura que el vistió por amor a Nuestro Señor Jesucristo, sobre la cual cae el sol desde la mañana hasta la tarde y él está metido en un horno.

Sabiendo todo eso ¿Cómo pueden estar tan alegres a la hora de partir? Hay, sin embargo, algo de la felicidad de la infancia. Es la alegría que baja del Cielo sobre el hombre que está cumpliendo su deber. Es una alegría angélica que no lo abandona, ni siquiera cuando él está como en

un horno dentro de su propia armadura, exangüe, muerto de sed, pero recordando que Nuestro Señor antes de expirar dijo: "Tengo sed". Y al considerar que está sufriendo lo que Cristo sufrió, el cruzado recibe el ósculo de la gracia en su alma y muere en paz. ¡Ah, eso es felicidad!

La perfecta alegría

Se cuenta que estando San Francisco de Asís de viaje, en pleno invierno, junto con otro fraile de su orden, este le preguntó, atormentado por el intenso frío:

— Padre, le pido de parte de Dios que me diga ¿dónde está la perfecta alegría?

A lo que el santo le respondió:

— Cuando lleguemos al convento, enteramente mojados por la lluvia y transidos de frío, llenos de barro y afligidos por el hambre, y lla-

memos a la puerta y el hermano portero llegue irritado y diga: “¿Quiénes son ustedes?” Y nosotros le digamos: “Somos dos de vuestros hermanos” Y él replique: “Están mintiendo; son dos vagabundos. Fuera de aquí”. Y nos deje bajo la nieve y la lluvia, con frío y hambre hasta la noche; si entonces soportamos esa injuria y crueldad sin perturbarnos ni murmurar contra él, en eso está la perfecta alegría.

Y San Francisco añadía:

— Y todavía más, si constreñidos por el hambre y por el frío, volvemos a llamar a la puerta durante la noche y pedimos, por el amor de Dios y con muchas lágrimas, que nos abra y nos deje entrar, y él más escandalizado diga: “¡Vagabundos, importunos! Les pagaré como merecen”. Y salga con un bastón, nos agarre por la capucha, nos tire al suelo, nos arrastre en la nieve y nos golpee; y nosotros soportamos todas esas cosas pacientemente, pensando en los sufrimientos de Cristo, ¡oh hermano León, en eso está la perfecta alegría!

A mi parecer, San Francisco hizo un gran descubrimiento. Es decir, en la hora en que renunciemos a todo por Nuestra Señora y seguimos adelante, en cierto momento baja sobre nosotros la perfecta felicidad.

Como una estrella venida de las manos de Nuestra Señora

Si desde la alta cima franciscana es lícito descender a la vida corriente de nuestros días, cuento un pequeño episodio para concluir estas reflexiones.

Yo tenía más o menos veinte años cuando pasé por una serie de pruebas espirituales tremendas, como nunca pensé que sufriría en mi vida.

Pasados seis meses de tormento, cierta mañana en la pequeña São Paulo de aquel entonces, con muy poco movimiento, los primeros tranvías, los primeros automóvi-

les comenzaban a circular, yo estaba un tranvía que me llevaría a la Avenida Paulista, en una esquina desde la cual podía ver la imagen de Nuestra Señora en lo alto de la cúpula de la Iglesia de la Inmaculada Concepción.

De repente, comienzo a notar algo así: “¡Qué luz particularmente bonita hoy! ¡Cómo este lugar está lleno de pajaritos que cantan! Esta aurora quiere decir alguna cosa... Hasta está más bonita que de costumbre, no pensé que las auroras fuesen así de bonitas. ¡Qué bienestar siento y no lo puedo comprender! Hasta tengo la impresión de que mi infortunio está pasando. Estoy comenzando a sentir una alegría como nunca antes había sentido en mi vida, me llena el alma, pero no sé explicarla”.

Eso duró algunas horas, pero poco después el infortunio se volvió a presentar con garra de hierro.

Unos días después, en medio de la batalla, abro un libro de lectura espiritual y comienzo a leer. Esto me inundó nuevamente de felicidad, pero mucho más definida que aquella que había sentido días antes. A partir de cierto momento se inició para mí un período de unos seis meses durante los cuales sentí una felicidad indecible y continua. Vivía entonces en medio de la alegría, de la satisfacción, y me sentía, por así decir, en el Cielo. Así, después de haberme dicho a mí mismo: “No pensé que fuera posible tanto sufrimien-

to”, pasé a decir: “No pensé que se pudiera ser tan feliz en esta tierra”.

Atravesemos, pues, todos los infortunios y sigamos adelante, y encontraremos la verdadera felicidad de los primeros pasos de la vida presentándose de nuevo, de vez en cuando, como una estrella que Nuestra Señora deja caer de sus maternales manos en las nuestras para darnos una cierta alegría que Ella, mejor que nadie, sopesa para cada uno, pues siendo nuestra Madre sabe bien lo que nos es necesario. A cada felicidad de esas debemos besarla y decir, como la Santísima Virgen: “*Magnificat anima mea Dominum*”; y pensar: “Oh Cielo, yo camino en dirección a ti”.

(Extraído de conferencia de 26/07/ 1986)



Dr. Plinio durante su servicio militar



SANTORAL

1. Santa Veridiana, virgen (†1242). Nacida en Toscana, desde muy joven consagró su virginidad a Dios. Peregrinó a Santiago de Compostela y a Roma, retornando después a su tierra natal, donde voluntariamente vivió en una celda, durante 34 años, en medio de rigurosas penitencias y recibiendo gracias místicas extraordinarias.

2. Presentación del Señor

3. San Óscar, obispo (†865). Nació en Francia a principios del Siglo IX y fue educado en el monasterio de Corbia (Alemania). En 826 partió hacia Dinamarca a fin de predicar la Fe cristiana, pero no obtuvo buenos resultados. No obstante, tuvo más éxi-



San José de Leonisa

Flávio Lourenço

to en Suecia. Fue elegido obispo de Hamburgo. El papa Gregorio IV, después de confirmar su elección, lo nombró legado pontificio para Dinamarca y Suecia. Encontró muchas dificultades en su ministerio de evangelización, pero las superó con gran fortaleza de ánimo.

4. San José de Leonisa, presbítero (†1612). Ingresó en la Orden de los Capuchinos, donde fue ordenado sacerdote y enviado como misionero a Constantinopla. Allí fue tomado prisionero por los turcos, por haber intentado convertir al propio Sultán y sufrió terribles suplicios. De regreso a Italia se distinguió por su celo con los pobres.

5. Santa Águeda, virgen y mártir (†251).

San Felipe de Jesús, mártir (†1597). Mexicano, a los 18 años se embarcó para Filipinas donde se hizo fraile franciscano. En 1596, cuando estaba regresando a México para ser ordenado sacerdote, las tormentas arrastraron su barco hasta las costas de Japón. Fue llevado prisionero con un grupo de cristianos japoneses hacia Nagasaki, donde fue torturado y muerto.

6. Santos Pablo Miki y compañeros, mártires (†1579). San Pablo era jesuita y se dedicaba a la enseñanza del catecismo con mucho celo, obteniendo en ese apostolado grandes y numerosas conversiones. Fue crucificado en Nagasaki, por orden del emperador pagano, juntamente con otros dos jesuitas, seis franciscanos y diecisiete laicos. El lugar en el cual los 26 héroes de Jesucristo recibieron el martirio recibió el nombre de Monte de los Mártires.

7. Bienaventurada Eugenia María Josefina Smet (María de la Providencia), virgen (†1871). Desde joven se caracterizó por su entera confianza en la Divina Providencia y por el celo hacia las almas del Purgatorio. Aconsejada por el Santo Cura de Ars y el Beato Pío IX, fundó la congregación de las Madres Auxiliadoras de las Almas del Purgatorio.

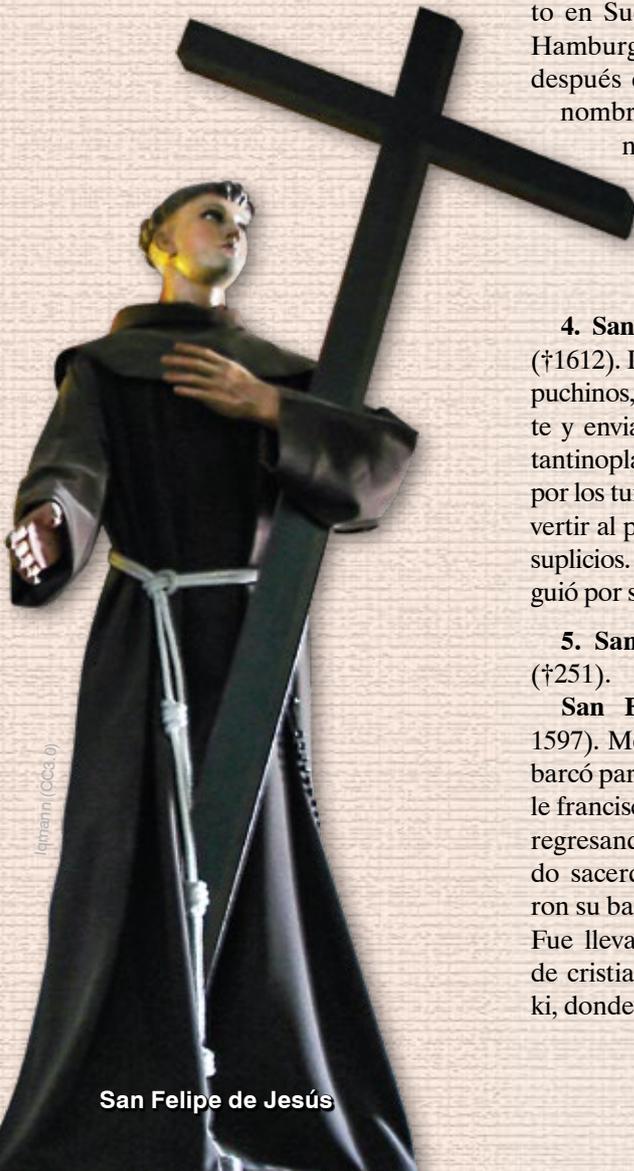
8. San Jerónimo Emiliani, presbítero (†1537). Nació en 1486, en una familia noble de Venecia, hizo una rápida carrera como militar y como político. Tomado prisionero por los franceses, durante el cautiverio, resolvió renunciar al mundo y consagrarse por entero a Dios. Fue liberado prodigiosamente por la Virgen y retornó a su ciudad natal, donde fue ordenado sacerdote y se dedicó al cuidado de los huérfanos y pobres. Fundó la Orden de los Clérigos Regulares de Somasca, Italia, destinada a socorrer a los niños huérfanos y pobres.

9. V Domingo del Tiempo Ordinario

San Miguel Febres Cordero, religioso (†1910) Nacido en Cuenca, enfrentó una gran oposición de la familia para cumplir su vocación de Hermano de las Escuelas Cristianas. Se destacó como educador de la juventud, escritor, gramático y filólogo.

10. Santa Escolástica, virgen (†547).

11. Nuestra Señora de Lourdes.



San Felipe de Jesús

Ignacio (CC3.0)

* FEBRERO *

12. Santa Eulalia, virgen y mártir (†304). Fue atormentada por medio de antorchas incandescentes durante la persecución promovida por Maximiano.

13. San Esteban, obispo (†515).

15. San Claudio de la Colombière, presbítero (†1682). Sacerdote jesuita y Superior del Colegio de Paray-le-Monial, gran apóstol de la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

16. VI Domingo del tiempo Ordinario.



San Jerónimo Emiliani

Beato José Allamano, presbítero (†1926). Alumno de San Juan Bosco y sobrino de San José Cafasso. El Beato José fundó la Congregación de Misioneros de la Consolata.

17. San Pedro Yu Chong-nyul, mártir (†1839). Joven laico martirizado en Corea a los 13 años de edad. Exhortaba a sus compañeros de prisión a soportar los sufrimientos. Después de recibir cien azotes fue estrangulado.

18. San Teotonio, presbítero (C.1162 †). Después de dos peregrinaciones a Tierra Santa, fundó en Coimbra, Portugal, la Congregación de los Canónigos Regulares de la Santa Cruz.

19. San Mansueto, obispo (†c.680). Luchó con firmeza contra la herejía monotelita, e intervino en el Concilio de Roma realizado en marzo del año 680.

20. Santos Francisco (†1919) y Jacinta Marto (†1920). Ver Página 2.

San Euquerio, obispo (†137). Nacido en Orleans, se destacó desde joven por su sabiduría, santidad y devoción a María Santísima.

21. San Germán, abad (†667). Fue asesinado por ladrones, al intentar defender con palabras pacíficas a los habitantes vecinos del monasterio de Grandfelt, Suiza.

22. Cátedra de San Pedro.

23. VII Domingo del Tiempo Ordinario

San Policarpo, obispo y mártir (†s. II) Discípulo de San Juan Evangelista, fue nombrado, en tiempo de los Após-

toles, como obispo de Esmirna. Fue martirizado a los 86 años de edad.

24. Beato Tomás María Fusco, presbítero (†1891). Lleno de amor por los pobres y enfermos, fundó en Nocera, Italia, el Instituto de las Hijas de la Caridad de la Preciosísima Sangre.

25. Bienaventurado Sebastián de Aparicio, religioso (†1600). Ver página 27.

26. Miércoles de Ceniza

Santa Paula de San José de Calasanz, virgen (†1889). Dotada de un extraordinario carisma de educadora, tenía como lema: Piedad y letras. Fundó la Congregación de Hijas de María de las Escuelas Pías.

27. San Gabriel de la Virgen Doloresa, religioso (†1862).

28. San Hilario, Papa (†468). Elegido Sumo Pontífice en el año 462, confirmó los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia, defendiendo la primacía de la Sede Romana.

29. San Augusto Chapdelaine, presbítero y mártir (†1856).

Papa San Hilario es salvado por San Juan - Basílica de San Juan de Letrán, Roma, Italia



Punto culminante en la lucha entre el bien y el mal

Después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, el mal nunca tuvo tanta audacia en mostrarse como en la Revolución Francesa. En la lucha entre el bien y el mal, la verdad y el error, lo bello y lo feo, esta Revolución es una especie de punto culminante. Ella puede ser considerada, como un gran y horrible libro en el que se aprenden verdades terribles y admirables.



Spongamos la existencia de un palacio tan admirable que, si no lo hubiésemos conocido al menos en fotografía, nuestra mente no sería capaz de imaginarlo.

Encanto por un bello palacio

Sin embargo, obtenida una buena fotografía, si la mostrásemos a un amigo, este nos dijera:

— ¡Qué palacio tan lindo, qué fotografía maravillosa! ¿No podría prestármela durante algunos días para llevarla a casa?

— ¿Por qué mirar esto? ¿cuál es la ventaja? – preguntaríamos para ponerlo a prueba?

— No sé, eso eleva mi alma. Viendo ese palacio, esos mármoles, esas tapicerías, esos muebles, todo el lugar en su belleza, en su distinción, en su importancia, mi alma parece subir. Y siento la necesidad de esto, porque todo en el mundo contemporáneo rebaja, deprime, envilece, corroe, destruye, decepciona. Encontré algo que produce el efecto contrario en mi alma; esto es el remedio. Si usted pudiese darme una copia de esa fotografía, sería la mayor obra de caridad que me haría, porque quedo encantado con ese palacio.

Notaríamos inmediatamente la nobleza de alma de nuestro interlocutor y pensaríamos en nuestro fuero interior: “Ciertamente, voy a hacer el sa-

crificio de darle esta fotografía, porque ella realiza el papel de un par de alas para que su alma suba más alto, hasta Nuestra Señora, con el fin de aumentar sus horizontes intelectuales, sus horizontes religiosos, espirituales. Si ese palacio es una imagen del Cielo en la Tierra, este pobre hombre, que no tiene ninguna idea del Paraíso, al contemplar ese palacio podrá sentirse más elevado rumbo al Cielo, hacia donde yo quiero tanto que vaya.”

Odio a todo lo que es distinguido, noble, elevado

Imaginemos ahora lo contrario: Uno de nosotros está hojeando un álbum con fotografías del Palacio de Versailles. Alguien se aproxima y pregunta:

— ¿Qué tiene Versailles de extraordinario?

— Vea, Versailles es una obra de Dios.

— De Dios no, fue el Rey Luis XIV quien ordenó al arquitecto Mansart hacer los planos y construir el palacio. Dios no entró en nada en eso.

— Versailles es hijo de los hombres, es verdad, pero los hombres son hijos de Dios; luego Versailles es un

nieto de Dios, como dice Dante Alighieri. Todo lo que existe, directa o indirectamente, fue hecho por Dios. Por tanto, admire ese palacio porque es un medio de llegar hasta el Creador. Porque para amar a Dios que no vemos es preciso amar a las criaturas terrenas que vemos. Versailles es una criatura de Dios; amémosla para amar totalmente a Dios. ¿Usted no lo encuentra bonito?

— Sí, y precisamente por eso lo odio, porque detesto todo cuanto es noble, distinguido y eleva el espíritu.

Aquí estarían delineadas dos visiones opuestas de la vida: una es la de los hijos de la luz, de Nuestra Señora, Ella misma de una perfección, belleza y santidad mayores que todo cuanto podamos imaginar. La otra es la de los hijos de las tinieblas.



Jules Harouin-Mansart,
Paris, Francia



Siren-Comm (CC3.0)



Santa Bernadette era de una educación muy primitiva...

En el siglo XIX, en la gruta de Massabielle, en la pequeña ciudad de Lourdes, Nuestra

Señora apareció a una campesina llamada Bernadette Soubirous, hija de un matrimonio extremadamente pobre. Era gente de pueblo, recta, de costumbres muy buenas, pero de educación bastante primitiva, porque eran trabajadores manuales de la tierra y no tenían contacto con nada superior, más elevado.

Un día, cuando estaba cerca de la gruta, Bernadette escuchó una voz y, mirando hacia su interior, vio a una Señora de una belleza admirable.

Era María Santísima en persona que comenzó a dirigirle la palabra. La joven campesina, con toda simplicidad, comenzó a hablar con Nuestra Señora, manteniendo las manos juntas en actitud de quien reza.

La Santísima Virgen le dio una serie de explicaciones y después acabó recomendándole que arañase la tierra allí donde ella estaba, pues comenzaría a aparecer agua. El agua se volvería más abundante y, de un simple hilito pasaría a ser una corriente de agua fuerte, grande; usando esa agua muchas personas se curarían y la gruta se volvería un lugar donde Nuestra Señora sería muy glorificada.

Bernadette inmediatamente comenzó a arañar el suelo, que era una tierra común. Y para su sorpresa, vio que de repente comenzó a manar agua, apareció una corriente y se formó una fuente de agua.

Hubo varias visiones y Santa Bernadette, en su ingenuidad, contaba al pueblo.

Entonces, cada vez que estaba anunciada una aparición de Nuestra Señora, un número creciente de personas venía a presenciar el hecho.

La Santísima Virgen sólo aparecía a Bernadette, la cual hablaba de tal manera que se percibía estar viendo a alguien, aunque los presentes no oyesen las respuestas de María Santísima.

... pero se ennoblecía cuando conversaba con Nuestra Señora

En cierta ocasión leí este bonito testimonio de un sacerdote que presenció las apariciones: él, que había frecuentado ambientes de la alta sociedad, tratado con gente de mucha categoría y visto, por tanto, señoras de mucha distinción, declaraba no ha-

ber notado nunca una sonrisa tan bondadosa, una actitud tan fina, distinguida y amable en un rostro femenino, como en Santa Bernadette cuando conversaba con la Santísima Virgen. Por tanto, según él, no había marquesa ni duquesa francesa que se pudiera comparar con la elevación de Santa Bernadette que, en esos momentos, se ennoblecía por completo y quedaba con una distinción extraordinaria. Terminada la conversación, ella volvía inmediatamente a presentar la fisonomía tosca de una simple campesina.

Este pormenor de las apariciones de Lourdes muestra bien cuánto ama Dios todo aquello que es distinguido, noble, que se parece a su Madre Santísima, la más perfecta de las criaturas.

Hay una canción en la cual Nuestra Señora es invocada como summi Regis palatium – palacio donde habita el sumo Rey. Ella es comparada a un palacio porque el Verbo de

Dios, al encarnarse, habitó dentro de Ella. Durante todo el tiempo en que el Cuerpo sagrado de Nuestro Señor estuvo siendo engendrado y desarrollado por la Santísima



Santa Bernadette Soubirous. Santuario de Lourdes, Francia



San Miguel Arcángel en lucha contra el dragón – Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona, España

Virgen, hasta el momento del nacimiento, Ella fue el palacio de Cristo en la Tierra, más excelente y magnífico que todos los palacios reales y todo cuanto se pueda imaginar, porque hecho para albergar a Aquel que es el propio Dios hecho hombre.

Explosión de odio contra todo cuanto es grandioso, noble, legítimo, bueno.

Esto puesto, se comprende que si de aquellas dos mentalidades opuestas arriba descritas – una favorable y otra contraria a la existencia de palacios – se constituyesen dos grupos de hombres, ellos entrarían en lucha uno contra el otro, porque uno amaría y el otro odiaría todo cuanto es verdadero, bueno y bello. Tendríamos una lucha tremenda parecida a la batalla entre San Miguel Arcángel y los Ángeles buenos, de un lado, y los demonios capitaneados por Lucifer, del otro lado.

Al rebelarse contra Dios, Lucifer, hasta entonces el ángel que conducía la luz, se volvió tinieblas y la más hedionda de las criaturas, pues odió a Aquel que es la Verdad, el Bien y la Belleza.

Estas consideraciones resumen el sentido de la Revolución Francesa. Todos los elementos de verdad, bondad y belleza existentes en la Tierra antes de esta Revolución fueron contruidos, organizados por personas dotadas de un espíritu vuelto para Dios, que eran según el Creador y amaban la verdad, el bien y lo bello.

En sentido opuesto, la Revolución Francesa fue la explosión del odio de aquellos que detestaban todo cuanto es grandioso, noble, legítimo, bueno, y querían establecer un mundo banal degradado, desordenado, inmoral, sin fe.

Tal Revolución fue una revuelta de los hombres que se dejaron dominar por el infierno para acabar con todo cuanto era elevado, bello y bueno en la Tierra.

Por esta razón, como no querían que hubiese reyes, reinas, nobles, palacios, grandeza ni belleza, arruinaron aquellos parques, rompieron o robaron los objetos del palacio, dispersaron las arañas, despedazaron los espejos. Apresaron a la familia real, culminando, después de meses de tormento y de abominación, en la condenación a muerte del Rey Luis XVI, de la Reina María An-



Nuestra Señora de Lourdes.
Grua de Massabielle, Francia

tonieta y de una hermana del Rey, Madame Elizabeth, dando inicio al período histórico llamado del Terror, en el que bastaba que alguno fuera noble para estar condenado a muerte.

La más distinguida, elevada y sufriente de todas las damas del siglo XVIII

Para terminar, cuento un hecho que ilustra bien el espíritu que animaba a la Revolución Francesa.

Muerto el Rey Luis XVI, la Reina quedó viuda. Llegó el día de ser presentada al tribunal para ser juzgada, y ella quería mucho salvar su propia vida para defender a sus hijos, todavía niños, pues no quería que ellos fuesen educados por los revolucionarios.

Entonces María Antonieta preparó un discurso en el cual ella misma realizaba su defensa, mientras los revolucionarios iban a presentar tes-



Flávio Lourenço



Divulgação (CC3.0)

María Antonieta deja
la Conserjería – Museo
Carnavalet, París, Francia



tigos que harían acusaciones falsas contra ella.

Una noche, los revolucionarios invadieron el recinto donde su hijo dormía. La madre, aunque era una dama frágil, luchó contra ellos físicamente para defender al niño, pero al final no pudo resistir, y los revolucionarios lo raptaron, y pasó meses sin ver a su madre.

Establecido el tribunal revolucionario, el niño entra como testigo para declarar en contra de su propia madre. Calzaba unos zuecos ordinarios muy grandes, dentro de los cuales pusieron paja para que no se cayeran de los pies; estaba borracho y al ver a la madre no tuvo el menor sentimiento de afecto, permaneciendo parado con una cara embrutecida.

El presidente del tribunal le dijo:

— Niño, cuenta aquí a todas las personas presentes los crímenes que tu madre cometió contigo.

Le habían enseñado, como a un autómatas, la más infame de las cosas. El niño dijo que su madre lo había iniciado en la inmoralidad.

María Antonieta oyó aquello y, frente a esta acusación torpe que todo el mundo veía que era una ca-

lumnia, notando que la galería estaba llena de mujeres del pueblo, dijo: “Yo apelo a todas las madres de Francia para que digan si creen en esta acusación.”

Las mujeres aplaudieron a la Reina a más no poder.

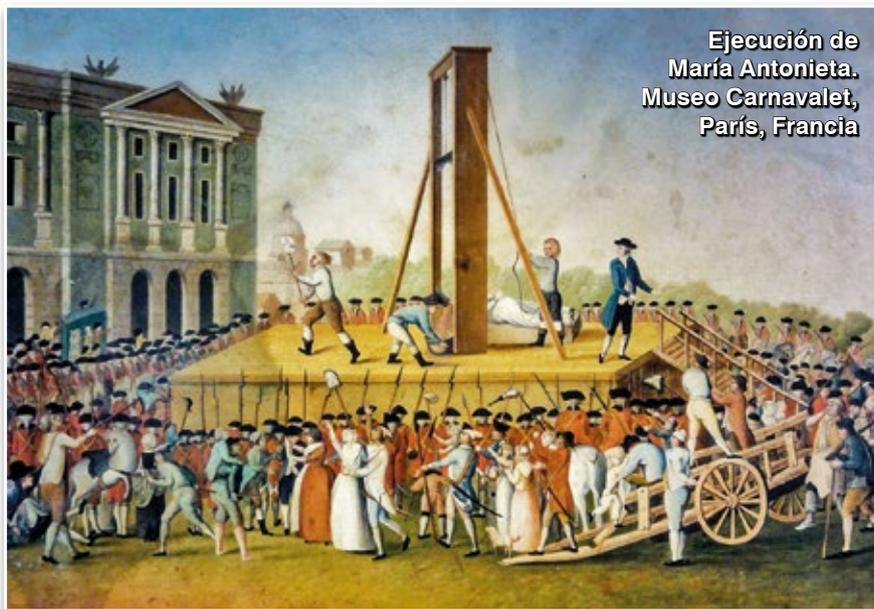
Con todo, era el período de la Revolución Francesa en que se decía ser la época de la libertad, pero en realidad imperaba la tiranía. El pre-

sidente del tribunal, que hubiera debido declarar inválido el testimonio de un niño ebrio, sobre todo cuando dijo algo que nadie podría creer y solo probaba la infamia de los acusadores, sin embargo, dio la orden para que retirasen de la sala a todas las mujeres, a fin de evitar que aplaudieran nuevamente a María Antonieta. Y, al final, la condenó a muerte. Así murió la más distinguida, elevada y sufriente de todas las damas de aquel siglo.

Podemos afirmar que el mal nunca tuvo, después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, tanta desfachatez, tanta audacia en mostrarse, como en la Revolución Francesa. De manera que, en la lucha entre el bien y el mal, la verdad y el error, lo bello y lo feo, esta revolución es un episodio central y una especie de punto culminante. No comprende los hechos que vinieron antes ni después quien no analiza la Revolución Francesa así. Ella puede ser considerada, bajo este punto de vista, como un grande y horrible libro en el cual, sin embargo, se aprenden verdades terribles y admirables. ♦

(Extraído de conferencia de 3/4/1993)

Ejecución de
María Antonieta.
Museo Carnavalet,
París, Francia



Divulgação (CC3.0)

Dios es admirable en sus santos

La vida del beato Sebastián de Aparicio fue llena de zigzags, pero su alma siempre se mantuvo en el sendero de la virtud. El universo de la santidad es mucho más ordenado, elevado y bonito que todas las estrellas del cielo, las bellezas de la naturaleza, las magnificencias del arte. Sin santidad el mundo no tendría sentido ni gracia.

El día 25 de febrero se conmemora la memoria del beato Sebastián de Aparicio. Sobre él dice Rohrbacher¹:

Apostolado del ejemplo

Nació en Galicia, en 1502, de familia humilde de simples campesinos. Vivió hasta joven como pobre empleado, entregando sus ahorros a los padres y santificando esa vida ardua con una enorme piedad. Se embarcó en 1532 hacia México, donde se enriqueció utilizando sus conocimientos de agricultura. También tuvo éxito en el comercio, pero abandonó la profesión por hallarla peligrosa para la salvación eterna, y volvió a las labores del campo.

Se casó dos veces y en los dos matrimonios –con el consentimiento de sus esposas–, observó la continencia. De él dijo el decreto de beatificación: La Providencia no lo envió a América para cultivar las ciencias, ni la literatura, para él absolutamente extrañas,

sino para infundir en los nuevos cristianos mediante el ejemplo, la práctica de una profunda humildad y de la perfección.

Con la avanzada edad de setenta

Todos los estilos y tipos de vida humana honesta y honrada acaban siendo santificados por un bienaventurado que de aquella forma llegó a los altares

años, renunció a la abundancia y riquezas de que disponía, la distribuyó entre los fieles, y así despojado de cualquier bien terreno entró en un convento de franciscanos de estricta

observancia. Allí, olvidando lo que dejara en el mundo, hizo profesión como hermano lego. A partir de entonces persistió en la práctica de maravillosa penitencia, de simplicidad de corazón, de oración y de fe, de obras de misericordia espiritual y física, hasta la edad de noventa y ocho años. Recolectó entonces el fruto de la cooperación con la gracia y del fiel y laborioso cumplimiento de los deberes religiosos. Aunque había entrado en la viña en la última hora del día, recibió el premio entero que el padre de familia prometió a los que entran en las primeras horas.

Variedad, unidad, orden

Se acostumbra decir, respecto de la vida de los santos, que ellas son admirables por aquello que tienen de parecido y por lo que poseen de diferente. Por lo que tienen de parecido porque indican la unidad de la santidad y la unión de la obra de Dios. Por aquello que poseen de diverso, porque la variedad es un elemento com-



plementario de la unidad y es fuente, junto con ésta, de toda belleza.

No siempre se nota que el orden no está solo en la conjugación de los factores unidad-variedad, sino que se encuentra también en el modo por el cual las diferencias se completan armónicamente, reproduciendo a su vez la unidad. Y podemos entonces no sólo edificarnos en la consideración de la belleza de la unidad que hay en la vida de los santos, sino también en la verificación de la sorprendente diversidad y del orden que esas diferencias mantienen entre sí.

Todos los estilos y tipos de vida humana honesta y honrada acaban siendo santificados por un bienaventurado que de aquella forma llegó a los altares; y mostrando que Dios tiene sus designios muy variados respecto de todas sus criaturas. Cuando el Creador quiere y el alma corresponde, de ahí nace realmente la santidad.

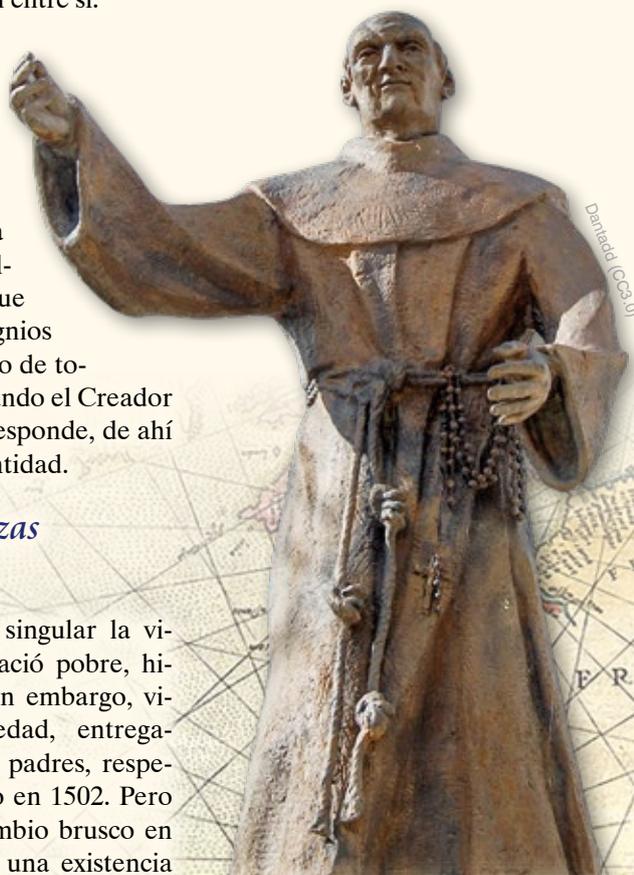
Diversas mudanzas en su larga vida

Veamos cómo es singular la vida de este beato. Nació pobre, hijo de campesinos. Sin embargo, vivía con mucha piedad, entregaba sus ahorros a sus padres, respetaba el domingo. Eso en 1502. Pero en 1532 hubo un cambio brusco en su vida. Después de una existencia muy simple y pobre, la de un campesino arraigado en la tradición de su tierra, se embarca de repente hacia México, que en aquel tiempo era un lugar de aventura, de riqueza.

Sale de una vida muy ordenada y sencilla, para el pleno tumulto de un cuadro de existencia completamente nuevo. Allá se enriquece como agricultor. Nueva mudanza: entra en el comercio, ejerciendo una profesión

profundamente diversa de la agricultura, y también obtiene un éxito extraordinario.

Otro cambio más: deja el comercio y vuelve a las labores del campo y la agricultura. ¿Por qué? Por la dificultad de enriquecerse honestamente. Todos saben cómo es fácil robar en el comercio. Dejó el estado de soltero y se casó dos veces; y, circunstancia imprevista, guardando continencia las dos veces. Es decir, castidad perfecta dentro del matrimonio... Una vida toda de aspectos singulares.



Bienaventurado Sebastián de Aparicio

El decreto de beatificación acentúa el último momento de su vida: ya tenía setenta años cuando entró en un convento de franciscanos. Alguien dirá: sólo una puntica

*Después de haber
hecho zigzags
de todo orden,
cayó en la gran
estabilidad de una
orden religiosa, en
la cual llevó la vida
de un religioso*

de su existencia... ¡No! Son veintiocho años de vida religiosa. Después de haber hecho zigzags de todo orden, cayó en la gran estabilidad de una orden religiosa, en la cual llevó la vida de un religioso. Entonces, el antiguo agricultor, el antiguo comerciante, el antiguo hombre de aventuras, el antiguo esposo pasa a ser un capuchino de barba blanca, tranquilo, gentil, que destila vida espiritual y muere en una especie de apoteosis.

*Perfumó el convento,
México y América con
la belleza de su vida*

Analizando esos zigzags, se ve que no fueron sinuosidades de una persona que se quebró su cabeza por todos lados, ni fue la correría del gato loco, sino que todo esto tuvo una cierta continuidad; por ejemplo, cuando se volvió comerciante era ya tan recto que prefirió dejar el comercio a volverse un ladrón. Habiendo resuelto casarse, tuvo razones tan elevadas que guardó la castidad perfecta dentro del matrimonio, y en dos ocasiones.

Su vida sigue rodando por todos lados, pero su alma, en el sendero de la virtud, llega por fin a su término. Y a los setenta años entra al convento donde permanece por más de 28 años, lo que nadie esperaba. Es una conjunción de vidas dentro de las cuales toma toda la personalidad de un papel, y después pasa para otra función; al final se sublima en el papel de los papeles: un simple hermano lego franciscano, perfumando todo el convento y todo México y, de algún modo, toda América con la belleza de su vida.

Entonces, se comprende bien que Dios es admirable en sus santos. Él es el autor, la fuente, el modelo de la santidad; y el medio de ganarla es María Santísima, nuestra Medianera. Él es admirable porque todos los santos tienen algo de parecido y algo de diferente, y porque esas diversidades se ordenan de un modo lindísimo.

Cualquier alma es un tesoro inapreciable

Comparemos a este beato, por ejemplo, con San Simeón Estilita rezando continuamente en lo alto de su columna, años y años, maravillando a toda una ciudad; con el venerable Pío Bruno Lanteri luchando contra la policía de Napoleón, o

con Santa Teresita del Niño Jesús muriendo víctima del amor misericordioso, en Lisieux. Esas variedades tienen unas armonías profundas, que son una especie de post-visión de la unidad.

El universo de la santidad es mucho más ordenado, elevado y bonito que todas las estrellas del cielo, las bellezas de la naturaleza, las magnificencias del arte. La santidad es el centro del mundo. Sin santidad el mundo no tendría sentido ni gracia, aun en lo que él posee de más bello.

Pidamos a Nuestra Señora, por intermedio de este beato, que nos

dé una consideración, una comprensión, un amor cada vez mayor por la santidad. De otro lado, que nos conceda el deseo de ser también santos y contribuir con nuestra alma a la belleza de ese firmamento para el cual fuimos creados. Cualquier alma, la última de las almas, del último hombre, es un tesoro inapreciable porque es una estrella que la Providencia quiere que brille por toda la eternidad en ese firmamento de santidad que debe sustituir en el cielo a los ángeles caídos. ❖

(Extraído de conferencia del 24/2/1966)

1) Cfr. Rohrbacher, René-François. Vida dos santos. São Paulo: Editora das Américas, 1959.v. III, p. 411-412.



María Auxiliadora – Iglesia de San Clemente, Toronto, Canadá

Gabriel K



Beato Sebastián de Aparicio – Iglesia de San Francisco, Guadalajara, Méjico

Flávio Lourenço



¡Oh Iglesia Católica!



Delante de la Catedral de San Marcos tenemos una determinada impresión respecto del deseo de lo maravilloso, de lo grandioso, inspirado por el espíritu de Fe, con que, en alabanza de San Marcos, fue construida. Es uno de los mil destellos deslumbrantes del espíritu católico que se manifiesta allí, de manera que, al contemplarla, una persona puede decir:

“¡La Iglesia Católica es esto! ¡Oh Iglesia Católica!

Cuando se hace un viaje muy lleno de impresiones, denso de cosas que se vieron y sobre las cuales se pensó – al menos en mi espíritu es así –, no todo aflora inmediatamente. La persona deja reposar las impresiones del viaje y después ellas van surgiendo de tiempo en tiempo, más o menos como las flores demoran para exhalar todo su perfume. Se pasa cerca de una flor, ella se abrió y esparce su perfume nuevo. Al día siguiente ella no está oliendo a nada, pero al tercer día, cuando se piensa que ya dejó de exhalar su fragancia, hay una segunda onda de perfume

que emana de la flor, y así en adelante. De este modo son también los recuerdos de viaje: hay varias exhalaciones consecutivas, de varios significados y buenos aromas que se van presentando, formulándose a medida que el tiempo pasa.

Obras impregnadas de sobrenatural

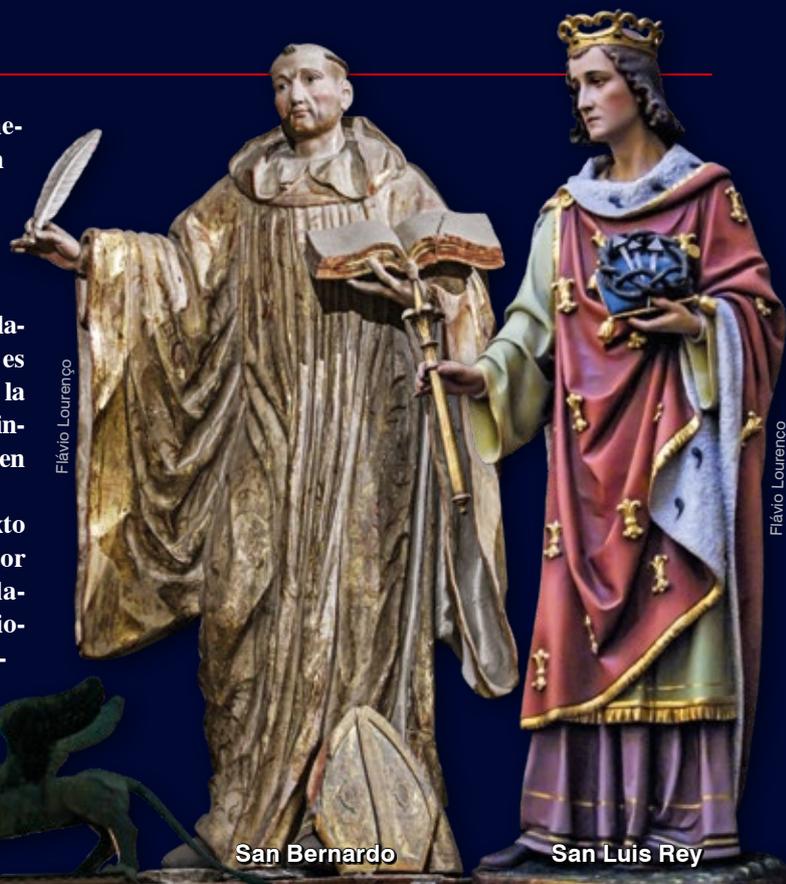
Recientemente logré explicitar mejor algo que me venía a la mente en mi última visita a Europa, por la comparación entre la impresión que el Viejo Continente me causó en los anteriores viajes y la que tuve en este.

Para que quede bien clara la cuestión, me parece mejor ejemplificar en concreto con la Catedral de San Marcos. Antes, sin embargo, doy una pequeña introducción y después hago la aplicación.

Supongamos que un escritor como San Bernardo redacte un sermón sobre Nuestra Señora, o que un rey como San Luis IX publique sus Capitulares, o sea, una legislación sobre un determinado cuerpo de asuntos. Pero todo es hecho con espíritu católico y con la intención de servir a la Santa Iglesia y a la Civilización Cristiana. Por causa de la intención que presidió eso, la gracia se posa, por así decir, en aquella obra. Y quien la lee tiene dos impresiones.

Una natural y humana que la lectura de aquel texto puede causar. Por ejemplo, San Bernardo es un escritor eximio, de grandes vuelos literarios, un notable burilador de la lengua francesa, bajo cuyo impulso ese idioma explicitó de su genialidad original muchos aspectos nuevos. Son impresiones naturales que nos vienen al espíritu, causadas por la lectura del trabajo de San Bernardo.

Pero como aquella obra fue hecha por amor de Dios, con la intención de despertar pensamientos sobrenaturales inspirados por la Fe y tendientes a la gloria del Creador, entra también una gracia, porque nadie es capaz de pensar una obra con base en la Doctrina Católica, ni de querer una cosa para el bien de la Santa Iglesia o para la gloria de Dios, a no ser por la gracia. Sin auxilio de ella nadie puede hacer esas opera-



Flávio Lourenço

Flávio Lourenço

San Bernardo

San Luis Rey

ciones intelectuales y de la voluntad, pues el hombre es enteramente inerte e incapaz de realizarlas si no tuviera el auxilio de la gracia.

Así, San Francisco de Sales – para tomar otro autor – escribió “Filotea”, “Introducción a la Vida Devota”, y quien la lee tiene la impresión de que esa obra está embebida de la gracia, y es absorbido por la gracia que baja de Dios, pero ajustada, correlativa al texto leído.

Entonces, al ejercicio natural de la inteligencia, de la voluntad y de la sensibilidad, se suma una operación de origen sobrenatural por la cual en la lectura la persona percibe bellezas nuevas de carácter absolutamente superior, extraordinario. A veces ellas relucen a los ojos del espíritu del lector a través de un fenómeno de la mística. Son de una pulcritud mayor que todas las bellezas naturales, pues lo sobrenatural vale más que lo natural.

Amor de Dios, corolario de las construcciones medievales

Esto que se dice respecto de textos se puede aplicar igualmente a monumentos, catedrales, imágenes, obras de arte. Por ejemplo, las sillerías superiormente bien esculpidas de un convento, una armadura medieval, un vitral, obras realizadas con espíritu sobrenatural para el servicio de Dios, pero también con una finalidad natural. Quien las ve es



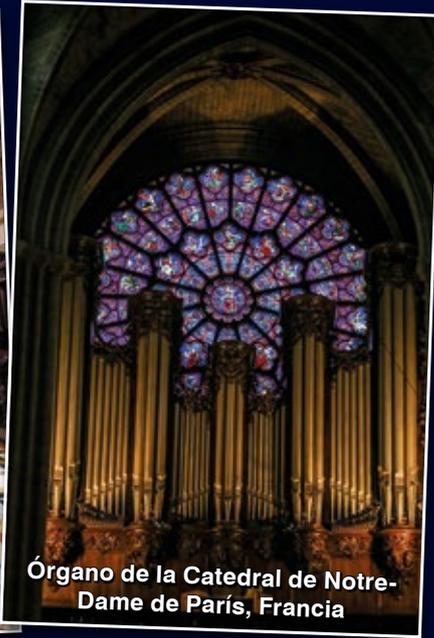
Gabriel K.



Gabriel K



Iglesia de San Giorgio Maggiore, Venecia, Italia



Sebastião C.

Órgano de la Catedral de Notre-Dame de París, Francia

tradas”, aquellos juegos entre las corporaciones y asociaciones religiosas, que despiertan este o aquel estado de espíritu. Entonces aquí hay un orden de ideas.

Hay lugares impregnados por lo sagrado...

Paso a considerar ahora otro orden de ideas. Ya no es más el estilo, la apariencia material, ni siquiera la mentalidad de los que planearon, ejecutaron o vivieron en determinado lugar, sino la naturaleza de los actos que acontecieron allí.

Hay un principio admitido por la piedad católica según el cual, cuando en un ambiente pasó algo muy sagrado, aquel lugar queda de algún modo sagrado también. Voy a dar un ejemplo de tal manera supremo que, por así decir, hace estallar el asunto, pero en fin con

visitado por una gracia que le hace comprender las analogías que ellas tienen con realidades sobrenaturales.

De donde resulta un aprecio muy grande del hombre por aquello que él ve. Por ejemplo, la Catedral de San Marcos, y la de *Notre Dame* de París. Pero no apenas catedrales, a veces son edificios destinados a una finalidad civil, como una fortaleza, un castillo, que es la residencia de una familia feudal y, al mismo tiempo, la defensa de esta familia y de la población, del burgo vecino, contra posibles agresiones de mahometanos, de bárbaros. Por lo tanto, una finalidad natural. Mas el castillo con aquellas torres, aquel juego de almenas y barbacas, da una impresión sobrenatural, proporcionada por la gracia, y que viene del hecho de que el castillo simboliza extraordinariamente bien para nosotros la virtud de la fortaleza, en cuanto practicada por amor de Dios.

Así, llegamos a la conclusión de que muchos de los monumentos existentes en Europa fueron construidos en plena era del amor a Dios, o sea, en el apogeo de la Edad Media. Otros en épocas posteriores o anteriores. En las anteriores, mientras el gótico comenzaba apenas a ser vislumbrado por sus primeros artistas, el románico era el estilo usado. Éste tenía, sin embargo, *charmes*, encantos en que algo de la sonrisa toda llena de afabilidad, de majestad y de una discreta melancolía del gótico se iba formando, apareciendo, lo que puede ser notado en un edificio, en una plaza, etc.

Además, es posible que la gracia dé a la persona un especial discernimiento del espíritu con el que, en concreto, aquello fue construido. Entonces, delante de la Plaza del Palacio Municipal de Siena, la persona puede tener un discernimiento especial de cuál era el espíritu de los sieneses de aquel tiempo, de cómo entraba allí la gracia, y hacer una recomposición de las famosas “con-

un estallido sagrado, magnífico: el Huerto de los Olivos, donde se dio el primer misterio doloroso del Rosario, la Agonía de Nuestro Señor Jesucristo. “Agonía”, en griego, quiere decir “lucha”. Entonces, la lucha de Nuestro Señor contra el legítimo estremecimiento de sus sentidos ante la perspectiva de la muerte que debería venir, con todo cuanto la antecedió. Allí, donde Él dijo: “Padre, si fuere posible, aparta de Mí este cáliz, pero que se haga Vuestra voluntad y no la mía” (*Luc 22, 42*). Vino entonces un Ángel – podemos imaginarlo rodeado, nimbado de una luz al mismo tiempo muy blanca y triste por causa de la tarea que él debía ejecutar – llevando a Nuestro Señor un cáliz de una bebida que le daría fuerza sobrenatural para todo aquello que Él soportó en la Pasión.

Entonces, donde Él estuvo, sufrió y derramó la primera Sangre de la Pasión, todo eso vuelve sagrado el lugar en que esas escenas acontecieron. Por esa razón, cuando se está en aquel lugar se reciben gracias, a menudo sensibles, por las cuales el alma es llevada al amor de Dios, a la contrición, al arrepentimiento, a la compunción, a la piedad, a la compasión para con el Cordero de Dios que allí sufrió para nuestra salvación. Aquel lugar tiene bendiciones especiales.

...otros, habitados por una gracia

Mutatis mutandis, los sitios en donde pasaron grandes hechos históricos, eminentes actos de coraje, de virtud, de renuncia, en la Historia de la Cristiandad, se vuelven lugares particularmente dignos de reverencia. A veces hasta hechos sin una relación directa con la Religión, pero en los cuales reluce algo del espíritu católico.



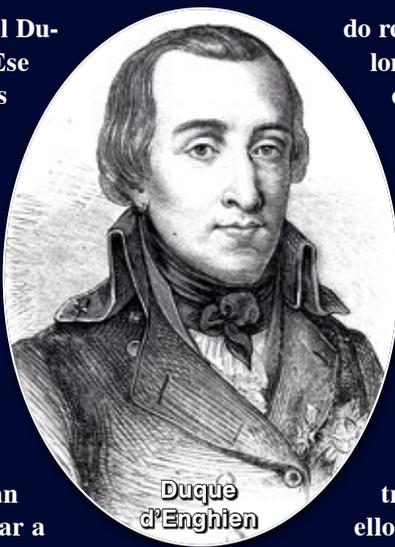
Me viene a la memoria la ejecución del Duque d'Enghien, ordenada por Napoleón. Ese duque, último del linaje de los Príncipes de Condé, reunía en sí el aspecto heroico, la estampa de hidalgo, el coraje, la osadía, casi la temeridad de sus antepasados. Poseía algo del espíritu repentino e irresistible del Gran Condé.

Napoleón tenía la intención de acabar con ese último descendiente de la casa de los Condé, y para eso se aprovechó del hecho de que ese duque era novio de una princesa francesa residente no lejos de la frontera alemana, donde las tropas de Napoleón no podían penetrar. El duque d'Enghien fue a visitar a su novia y cuando el sol ya se había puesto, Napoleón mandó un destacamento que cruzase el Rin, entrase en ese lugarcito, agarrase a Condé y lo llevase preso a Francia. Después de un simulacro de juicio, que nadie toma en serio, mandó matarlo.

La calma del Duque d'Enghien en ese momento extremo, su dignidad, presencia de espíritu – sostuvo con calma la linterna para que los tiros diesen en él –, sus últimas cartas, todo eso tiene un aroma de Caballería. Es bonito ver esos destellos de luces de la Caballería, brillando en la época miserable en que el mundo había sido corrompido por la Revolución Francesa.

Estando en Vincennes, y sabiendo dónde el Duque fue ejecutado, yo querría ir a visitar ese lugar en espíritu de peregrinación. No tengo ningún documento que compruebe que ese hombre fuese especialmente piadoso. Me duele la hipótesis de que no lo haya sido. A pesar de esto, no hay ninguna duda de que, si él no descendiese de católicos ancestrales, no sería esa flor de heroísmo católico que se abriría dentro de la contaminación inmundada de la Revolución Francesa. Por lo tanto, en esas condiciones, yo iría en espíritu de peregrinación al lugar donde él fue inmolado con tanto garbo, tanta gallardía, y rezaría por su alma.

Eso nos da la impresión – noten bien, no es la realidad – de que las escenas ocurridas en determinados lugares, como que aún están pasando allí. No hay duda de que todo aquel pasa-



Hawang (CC3.0)

do revive, y para quién está allí tiene una prolongación, una continuidad misteriosa que emociona especialmente al visitante. Donde existen cosas así, hubo gracias extraordinarias. Y del mismo modo como la gracia descende al alma de quien lee, con trescientos años de diferencia, un libro de San Francisco de Sales, ella también actúa en el alma de quien, doscientos años después, visita el lugar donde el Duque d'Enghien fue fusilado.

Esa impresión de un lugar habitado por la gracia, en el cual se tiene la impresión de que los hechos reviven y entramos en una misteriosa intimidad con ellos, es altamente beneficiosa para el espíritu y enriquece el sentir, el degustar del hombre que se encuentra en ese lugar.

Deseo de lo maravilloso inspirado por la Fe

Tomemos, por ejemplo, la Catedral de San Marcos.

Vista durante la noche, cuando no hay turistas y las palomas están durmiendo, la catedral se presenta en su majestuosa soledad, espléndidamente iluminada, dejando percibir el blanco reluciente del mármol con que fue



Gabriel K.



Samuel Holanda



construida, así como sus pormenores magníficos, y se vuelve especialmente evidente su línea general.

Quiero señalar las tres profundidades para la vista humana delante de esa catedral. En primer lugar, las arcadas que tienen como centro un arco mayor con un magnífico mosaico y, encima, una terraza. Constituyen el primer cuerpo del edificio. Después, una especie de ojiva central muy grande, donde se perciben los famosos caballos, dos torreones, y de cada lado dos ojivas muy abiertas, coronadas cada cual con una figura. Por fin, constituyendo la tercera dimensión, se encuentran las cúpulas flanqueadas de unas torrecitas.

Delante de esa catedral somos objeto de una determinada impresión respecto del deseo de lo maravilloso, de lo grandioso, inspirado por el espíritu de Fe, con que, en alabanza de San Marcos, ella fue construida. Es uno de los mil destellos deslumbrantes del espíritu católico que se manifiesta allí, de manera que, al contemplarla, una persona puede decir: “¡La Iglesia Católica es esto! ¡Oh Iglesia Católica!”.

Desde entonces, dentro de esa catedral acontecieron hechos históricos de la mayor importancia que determinaron giros enteros en la Historia de la Cristiandad, de las naciones bañadas por el Mar Adriático, que se manifestaron en la Historia de Venecia y de Italia, episodios ora de violencia, ora de refinamiento político y sagacidad llevada a un grado inimaginable. Venecia era una escuela de diplomáticos extraordinarios. En los archivos de esa ciudad se conservan informes que los embajadores venecianos manda-

ban periódicamente, contando lo que pasaba en los países donde vivían. Las narraciones están tan bien hechas, son tan seguras – de tal manera ellos sabían evitar rumores –, los análisis tan finos y tan sutiles, que esas cartas sirven de fuente óptima para la Historia de cualquier país de Europa.

Imponderable de San Pío X en Venecia

Así, por el auxilio de la gracia, tenemos, no apenas una percepción del espíritu de Fe que levantó todo eso, sino también una idea de los hechos que ocurrieron allí. Uno de esos hechos se dio a comienzos del siglo XX. San Pío X, antes de ser electo Papa, era el Patriarca de Venecia, por lo tanto, Cardenal y Arzobispo de aquella ciudad. Cuando murió León XIII, convocaron el Cónclave. San Pío X – entonces Cardenal Giuseppe Sarto – compró un pasaje de ida y vuelta, pues parece que él no contaba con la posibilidad de ser elegido y, además, no tenía ningún deseo. Aún en las vísperas de su elección, el Cardenal Sarto pensaba que no sería elegido, pero como, de repente, las cosas cambiaron y su elección se volvió inminente, él lloró, porque tenía pánico de ser Papa, por el peso de la responsabilidad del Papado.

Podemos imaginar la última visita de ese Santo Cardenal, poco antes de tomar la góndola para dirigirse al Cónclave; su alta figura esbelta, con los trajes cardenales, cabellos ya muy blancos, él mismo muy blanco, acompañado por sus secretarios, monseñores, prebostes, entrando en la Basílica de San Marcos para rezar. Después, con el corazón cargado de presagios que veía apenas oblicuamente, tomar la embarcación y partir para el lugar de donde el tren lo conduciría a Roma.



Don Giuseppe Sarto (futuro San Pío X), por ocasión de su ordenación como Obispo de Venecia



El Gran Canal de Venecia (por Canaletto) – Galería Nacional de Londres, Inglaterra

Sería la escena de Venecia despidiéndose del más reciente de los Papas canonizados, que previó y combatió la crisis del modernismo. Quién pasea por debajo de esas columnas del atrio o transpone la puerta, pensando en todo eso, tiene la impresión de que San Pío X se encuentra un poco ahí reviviendo todo eso. De hecho, él no se encuentra, pero está presente una gracia relacionada con lo que pasó y que torna especialmente sagrado ese lugar.

Paseando en góndola por los canales de Venecia

En mi último viaje a Europa, tuve delante de muchos monumentos la impresión triste, de romper el corazón, de que esas gracias se habían retirado, y que las escenas históricas allí ocurridas habían perdido el nexo sobrenatural con aquellos monumentos. O que esos restos de continuidad de la gracia estaban en sus últimos destellos y ya iban desapareciendo, lo que la multitud de los turistas no censuraba, y ni siquiera sabía que sentir eso era posible, y visitaba la Catedral de San Marcos, por ejemplo, más o menos como se visita un museo.

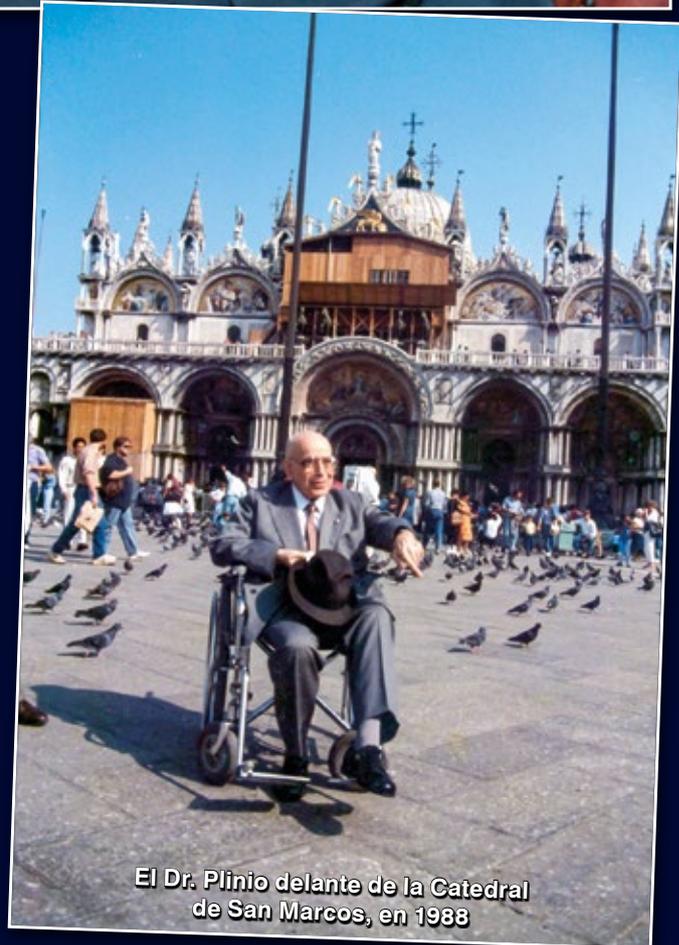
Sin embargo, esa densa presencia de lo sobrenatural y de la historia, que en Venecia es incomparable, aún la sentí cuando tomé una góndola para pasear por los canales de la ciudad. Navegando a oscuras entre aquellos palacios, se tiene la impresión de estar participando de la vida psicológica, temperamental, social, de aquellos personajes con trajes medievales o del tiempo de las monarquías absolutas, con máscaras como se usaba en Venecia, el golpear de los remos en el agua, el grito de los gondoleros para evitar choques; de repente, se ve un hombre que, al pasar delante de una casa donde no quiere ser reconocido, toma su manto y cubre el cuerpo entero, descubriéndose solo más adelante... Tenemos la impresión de que todos esos misterios de Venecia todavía viven, y nos metemos en medio de ellos al pasear en góndola de noche por la ciudad.

El uso de lancha en los canales arruina eso porque el misterio desaparece. La lancha tiene el determinismo estúpido de las cosas mecánicas. Lo bonito es el silencio, el misterio y el deslizarse lento de la góndola, en la cual los pasajeros van sentados meditando en lo que hicieron o harán. Ese misterio tiene su charme. ♦

(Extraído de conferencia de 11/1/1989)



El Dr. Plinio durante una exposición en enero de 1989



El Dr. Plinio delante de la Catedral de San Marcos, en 1988

El secreto de la tranquilidad



Por el don de profecía, María Santísima conoció individualmente todos los hombres que existirán hasta el fin del mundo, con sus cualidades y defectos y tiene hacia cada uno la misericordia incalculable de la mejor de las madres.

Debemos pues, tener la certeza de que, pidiéndole cualquier cosa, la conseguiremos. Puede ser que alguno pida algo que no sea para su propio bien. En este caso, Nuestra Señora no se lo dará. Sin embargo, hasta en esto entra su misericordia, porque conociendo mejor que nosotros lo que nos conviene, la Madre de Dios nos concede otra gracia más valiosa que la pedida por nosotros.

Aunque estemos en estado de pecado, la Santísima Virgen tiene pena de nosotros y nos obtiene gracias preciosas para que nos enmendemos y brillemos delante suyo por toda la eternidad.

Siendo así, no hay motivo para que estemos nerviosos y agitados, pues, aunque no comprendamos porqué nos está pasando algo muy triste, debemos estar tranquilos ya que nuestra Madre vela por nosotros.

Por lo tanto, la perfección consiste en mantenerse sereno y tranquilo, comprendiendo que todo se hace por voluntad de Nuestra Señora. Ahí está el secreto de la tranquilidad.

(Extraído de conferencia de 12/10/1990)